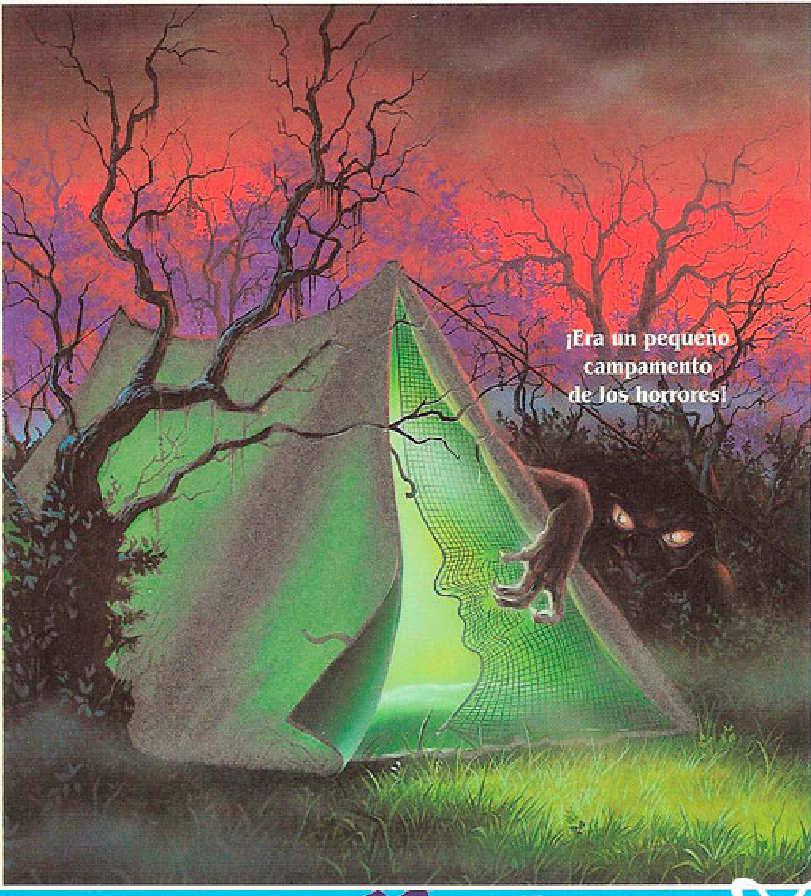
R.L. Stine

Pesadillas

Pánico en el campamento



Las aterradoras historias que se cuentan sobre el campamento se van convirtiendo en realidad… La comida no es buena. Los monitores son extraños. El director, tío Al, parece un demente. Billy es capaz de soportar todo eso. Pero entonces sus compañeros empiezan a desaparecer. ¿Qué está pasando? ¿Por qué los padres no responden a sus cartas? ¿Qué es lo que se esconde bajo tantas cosas oscuras? El campamento se está convirtiendo en una pesadilla. Una auténtica pesadilla. Y Billy puede ser la próxima víctima…

epublibre

R. L. Stine

Pánico en el campamento

Pesadillas — 10

ePub r1.0
javinintendero 03.11.13

Título original: *Goosebumps #9: Welcome to Camp'Nightmare*
R. L. Stine, 1993
Traducción: Adolfo Martín

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.0

1

Miré por la polvorienta ventanilla mientras el autocar iba dando brincos por la estrecha y sinuosa carretera. A lo lejos se veían rojas colinas que alzaban sus pendientes suaves bajo un brillante cielo amarillo.

Árboles blancos y achaparrados flanqueaban la carretera como postes de una cerca. Nos estábamos adentrando en el desierto. Hacía más de una hora que no veíamos casas ni granjas.

Los asientos del autocar eran de plástico azul intenso. Cuando el autocar pillaba un bache, todos saltábamos en los asientos. Todo el mundo reía y gritaba. El conductor no dejaba de refunfuñar, y de vez en cuando nos soltaba un grito para que nos callásemos.

En total viajábamos veintidós en el autocar que nos llevaba al campamento. Yo iba sentado en la última fila de asientos, junto al pasillo, así que los podía contar a todos.

Íbamos dieciocho chicos y sólo cuatro chicas. Yo suponía que los demás chicos se dirigían, igual que yo, al Campamento Pesadilla. Las chicas, que iban a un campamento femenino cercano, viajaban juntas en los asientos delanteros y charlaban tranquilamente entre ellas. De vez en cuando echaban una rápida mirada hacia atrás para observarnos.

Nosotros alborotábamos mucho más que ellas; gastábamos bromas, reíamos a carcajadas, hacíamos ruidos graciosos, nos gritábamos tonterías. Era un viaje largo, pero nos lo estábamos pasando bomba.

El chico que iba a mi lado, sentado junto a la ventanilla, se

llamaba Mike. Parecía un bulldog. Tenía cara redonda, cuerpo rechoncho y brazos y piernas gordezuelos. No hacía más que rascarse la cabeza, de pelo corto y erizado. Vestía pantalones cortos de color pardo y una camiseta verde sin mangas.

Habíamos hecho todo el viaje juntos, pero Mike apenas hablaba. Tal vez fuera por timidez, o quizá por nerviosismo. Me dijo que era la primera vez que iba a un campamento.

También para mí era la primera vez, y debo confesar que a medida que el autocar me iba alejando de casa, empezaba a echar un poco de menos a mis padres.

Ya tengo doce años, pero nunca había estado realmente lejos de casa. Aunque el largo viaje en autocar resultaba divertido, experimentaba una cierta sensación de tristeza, y creo que a Mike le pasaba lo mismo.

Apretó su cara gordinflona contra el cristal de la ventanilla y se quedó mirando las rojas colinas que ondulaban a lo lejos.

—¿Estás bien, Mike? —pregunté.

—Desde luego, Billy —contestó rápidamente sin volverse.

Pensé en mis padres. En la estación de autocares, al despedirme, me había parecido que estaban muy serios. Imagino que también ellos se sentían nerviosos por el hecho de que era la primera vez que yo me iba a un campamento.

—Te escribiremos todos los días —dijo papá.

—Haz todo lo posible —me dijo mamá, abrazándome con más fuerza que de costumbre.

Resultaba extraño. ¿Por qué no dijo «Procura divertirte» y dijo en cambio «Haz todo lo posible»?

Como podréis observar, soy un poco aprensivo.

Los únicos chicos con los que había hablado hasta el momento eran los dos que iban sentados delante de nosotros. Uno se llamaba Colin. Tenía el pelo castaño y muy largo, hasta más abajo del cuello, y llevaba gafas de sol de esas de espejo, que no dejan ver los ojos. Parecía un tipo duro y llevaba un pañuelo rojo, ceñido a la frente, que se ataba y desataba continuamente.

Junto a él, al lado del pasillo, se sentaba un chico corpulento y gritón llamado Jay. Jay hablaba mucho de deportes y presumía de que era un tipo fuerte. Le gustaba lucir sus brazos musculosos, sobre

todo cuando una de las chicas se volvía a mirarnos.

Jay se metía mucho con Colin y siempre estaba luchando con él, apretándole con fuerza el cuello con el brazo y desplazándole el pañuelo rojo que llevaba en la frente. En plan de broma, claro. Jay era pelirrojo y tenía el cabello tan enmarañado que parecía como si no se lo hubiera peinado nunca. Sus ojos eran grandes y azules. Siempre estaba sonriendo y metiéndose con los demás. Se pasó todo el viaje contando chistes verdes y gritándoles cosas a las chicas.

—¡Eh! ¿Cómo te llamas? —preguntó Jay a una rubia que estaba sentada delante, junto a la ventanilla.

Ella no le hizo caso. Pero a la cuarta vez que Jay se lo preguntó a voces, ella se volvió, le lanzó una mirada llameante con sus ojos verdes y le respondió:

—Dawn. Y ésta es mi amiga Dori —añadió, señalando a la pelirroja que estaba a su lado.

—¡Qué casualidad, yo también me llamo Dawn! —bromeó Jay.

Algunos chicos se echaron a reír a carcajadas, pero Dawn ni tan siquiera sonrió.

—Encantada de conocerte, Dawn —dijo, y volvió a mirar hacia delante.

El autocar dio un salto al pillar un bache de la carretera, y todos saltamos con él.

—Eh, Billy, mira —dijo de pronto Mike, señalando con el dedo por la ventanilla.

Mike llevaba un buen rato sin abrir la boca. Me incliné hacia la ventanilla, intentando ver lo que señalaba.

—Creo que he visto un puma —dijo, mirando todavía fijamente al exterior.

—¿De veras? —Vi un bosquecillo de árboles bajos y blancos y un montón de rocas melladas, pero ni rastro del puma.

—Se ha escondido detrás de esas rocas —explicó Mike, señalando todavía con el dedo. Luego se volvió hacia mí—. ¿Has visto algún pueblo?

Negué con la cabeza.

—Sólo desierto.

—¿Pero no decían que el campamento estaba cerca de un pueblo? —Mike parecía preocupado.

—No creo —le respondí—. Mi padre me dijo que el Campamento Pesadilla está después de pasar el desierto, dentro del bosque.

Mike reflexionó unos instantes, con el ceño fruncido.

—Bueno, ¿y si queremos llamar a casa? —preguntó.

—Seguramente habrá teléfonos en el campamento —apunté.

Levanté los ojos a tiempo para ver cómo Jay tiraba algo a las chicas sentadas delante. Parecía una bola verde. Le dio a Dawn en la cabeza y se le quedó pegada en el pelo.

—¡Eh! —gritó Dawn, arrancándose del cabello la pegajosa bola verde—. ¿Qué es esto? —Se volvió y fulminó a Jay con la mirada.

Jay soltó su aguda risita.

—No lo sé. Lo he encontrado pegado debajo del asiento —respondió.

Dawn le miró ceñuda y arrojó hacia atrás la bola verde. Ésta pasó de largo ante Jay y fue a parar contra el cristal trasero, donde se quedó pegada con un sonoro flap.

Todo el mundo rió. Dawn y su amiga Dori se pusieron a hacer muecas a Jay. Colin jugueteaba con su pañuelo rojo. Jay se recostó y levantó las rodillas, apretándolas contra el respaldo del asiento de delante.

A poca distancia de mí, hacia la parte delantera del autocar, dos chicos sonrientes cantaban una canción que todos conocíamos, pero sustituyendo la letra original por palabras guarras. Algunos chicos empezaron a acompañarlos.

De pronto, sin previo aviso, el autocar se detuvo con un chirriar de frenos mientras los neumáticos rechinaban ruidosamente contra la carretera.

Todos gritaron de sorpresa. Yo salí despedido del asiento y me golpeé el pecho contra el asiento de delante.

¡Ugh!

Mientras volvía a recostarme, con el corazón latiéndome con fuerza todavía, el conductor del autocar se puso en pie y se volvió hacia nosotros, inclinándose pronunciadamente por el pasillo central. Cuando vimos la cara del conductor, todos lanzaron sonoras exclamaciones.

Su cabeza era enorme, de color sonrosado, y aparecía coronada

por una mata de brillante pelo azul que se mantenía erizado verticalmente. Tenía orejas largas y puntiagudas. Sus ojos, rojos y enormes, se proyectaban fuera de las negras órbitas y danzaban ante su nariz porcina. De la boca entreabierta le asomaban afilados colmillos, y un líquido verdoso le corría por los labios, negros y gruesos.

Mientras le mirábamos atónitos, llenos de horror, el conductor echó hacia atrás su monstruosa cabeza y lanzó un rugido feroz.

2

El rugido del conductor fue tan fuerte que hizo vibrar los cristales de las ventanillas. Algunos chicos gritaron aterrorizados. Mike y yo nos escondimos tras el respaldo del asiento que teníamos delante.

—¡Se ha convertido en un monstruo! —susurró Mike con los ojos desorbitados por el miedo.

Entonces oímos una carcajada en la parte delantera del autocar.

Me incorporé a tiempo para ver cómo el conductor se llevaba una mano a su brillante pelo azul. Estiró… y se arrancó la cara.

Se oyeron gritos horrorizados, pero enseguida nos dimos cuenta de que la cara que colgaba de la mano del conductor era una máscara. Se había puesto una máscara de monstruo.

Vi con alivio que su verdadera cara era completamente normal. Tenía piel pálida, pelo negro, escaso y muy corto, y ojos azules y pequeños. Reía, sacudiendo la cabeza y disfrutando con su broma.

—Esto siempre asusta a todo el mundo —declaró, levantando en alto la horrible máscara.

Algunos corearon su risa, pero casi todos estábamos demasiado sorprendidos y confusos como para encontrarlo divertido.

De pronto cambió su expresión.

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó ceñudo.

Accionó una palanca y la puerta se abrió con un ruido siseante.

—¿Dónde estamos? —preguntó alguien.

Pero el conductor hizo caso omiso de la pregunta. Arrojó la máscara sobre el asiento, bajó la cabeza para no golpearse contra el

techo y salió rápidamente por la puerta.

Me incliné por delante de Mike y miré por la ventana, pero no vi gran cosa. Sólo kilómetros y kilómetros de terreno liso y amarillento interrumpido de tanto en tanto por rojos macizos rocosos. Parecía un desierto.

—¿Por qué tenemos que salir aquí? —preguntó Mike, volviéndose hacia mí. Me di cuenta de que estaba realmente preocupado.

—Quizás eso es el campamento —bromeé. A Mike mi comentario no le pareció nada gracioso.

Todos nos sentíamos aturdidos mientras bajábamos atropelladamente del autocar, empujándonos unos a otros. Mike y yo fuimos los últimos en salir pues íbamos sentados atrás del todo.

Al apearme y pisar el duro suelo hice visera con la mano para protegerme los ojos del brillante sol de la tarde. Estábamos en una zona llana y despejada. El autocar se había detenido junto a una plataforma de cemento del tamaño de una pista de tenis.

—Debe de ser una especie de estación de autocares —le dije a Mike—. Un apeadero o algo por el estilo.

Él tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Dio una patada a la tierra pero no dijo nada.

Al otro lado de la plataforma, Jay se estaba peleando con un chico con el que yo no había hablado todavía. Colin permanecía apoyado tranquilamente contra un costado del autocar. Las cuatro chicas se hallaban agrupadas en círculo en la parte delantera de la plataforma, hablando sosegadamente de algo.

Observé que el conductor se dirigía al costado del autocar y abría el maletero. Empezó a sacar bolsas y mochilas y a llevarlas a la plataforma de cemento.

Un par de chicos se habían sentado en el borde de la plataforma para ver actuar al conductor. Al otro lado, Jay y algunos otros jugaban a ver quién arrojaba más lejos las piedras rojas que había en el suelo.

Mike, con las manos metidas todavía en los bolsillos, se acercó por detrás al sudoroso conductor.

—Eh, ¿dónde estamos? ¿Por qué paramos aquí? —le preguntó nerviosamente.

El conductor hizo caso omiso de las preguntas y sacó del maletero una voluminosa y pesada bolsa negra. Mike le repitió las preguntas, y el conductor volvió a pasar olímpicamente de él.

Con paso lento y arrastrando los pies sobre el duro suelo, Mike regresó a donde yo me encontraba. Parecía realmente preocupado. Yo me sentía confundido pero no preocupado. Quiero decir que veía cómo el conductor iba sacando tranquilamente los equipajes. El hombre sabía lo que se hacía.

—¿Por qué no quiere contestarme? ¿Por qué no nos dice nada? —preguntó Mike.

Yo sentía que Mike estuviese tan nervioso, pero no quería seguir oyendo sus preguntas. Me estaba empezando a poner nervioso a mí también.

Me separé de él y me dirigí hacia donde estaban las cuatro chicas. Al otro lado, Jay y sus amigos continuaban con su competición de tirar piedras.

Dawn me sonrió al verme, pero enseguida apartó la vista. Es realmente guapa, pensé. Sus cabellos rubios centelleaban a la luz del sol.

—¿Eres de Center City? —me preguntó su amiga Dori, entornando los ojos en su pecosa cara para protegerlos del sol.

—No —respondí—. Soy de Midlands. Está al norte de Center City. Cerca de Outreach Bay.

—¡Ya sé dónde está Midlands! —exclamó Dori con tono irritado. Las otras tres chicas se echaron a reír.

Yo noté que me ruborizaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dawn, mirándome con sus verdes ojos.

—Billy —respondí.

—¡Mi pájaro se llama Billy! —exclamó, y todas rieron de nuevo.

—¿Adónde vais las chicas? —pregunté rápidamente para cambiar de tema—. A qué campamento, me refiero.

—Al Campamento Pesadilla. Hay uno para chicos y otro para chicas —respondió Doris—. Este autocar lleva a los dos.

—¿Está vuestro campamento cerca del nuestro? —pregunté. Ni siquiera sabía que hubiese un Campamento Pesadilla para chicas.

Dori se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Es el primer año que venimos —dijo Dawn.

—Sí, es la primera vez —confirmó Dori.

—Yo también es la primera vez que vengo —indiqué—. No sé por qué habremos parado aquí.

Las chicas se encogieron de hombros.

Vi que Mike se movía inquieto a mi espalda, todavía más asustado. Me giré y me dirigí hacia él.

—Mira —me dijo—. El conductor ha terminado de sacar nuestras cosas.

Me volví en el momento en que el conductor cerraba de golpe la puerta del maletero.

—¿Qué ocurre? —exclamó Mike—. ¿Va a recogemos alguien aquí? ¿Por qué ha descargado todas nuestras cosas?

—Voy a averiguarlo —respondí con tono sereno. Eché a correr en dirección al conductor. Éste se hallaba en pie ante la puerta abierta del autocar, secándose con la

manga corta de la camisa de su uniforme el sudor que le cubría la frente.

Cuando vio que me acercaba se apresuró a subir al autocar. Se instaló ante el volante y se puso una visera verde sobre la frente mientras yo llegaba hasta la puerta.

—¿Va a venir alguien a recogernos? —le pregunté.

El conductor accionó la palanca, y la puerta del autocar se cerró de golpe delante de mis narices. El motor se puso en marcha con un rugido, y un chorro de humo brotó del tubo de escape.

—¡Eh…! —grité, golpeando con furia el cristal de la puerta.

Tuve que dar un salto hacia atrás cuando el autocar comenzó a avanzar con un chirrido mientras los neumáticos rechinaban sobre la apelmazada tierra.

—¡Eh! —exclamé—. ¡No hace falta que me atropelle!

Me quedé mirando furioso el autocar, que se alejaba brincando por la carretera entre el rugido de su motor. Después me volví hacia Mike. Estaba de pie junto a las cuatro chicas, que también parecían preocupadas.

—Se… se ha marchado —balbuceó Mike mientras me acercaba a ellos—. Nos ha dejado abandonados aquí, en medio del desierto.

Nos quedamos mirando cómo se alejaba el autocar por la

carretera hasta desaparecer en el horizonte, cada vez más oscuro a medida que caía el sol. El silencio era absoluto.

Instantes después, oímos los aullidos aterradores. Muy cerca. Cada vez más cerca.

3

—¿Qué… qué es eso? —tartamudeó Mike.

Nos volvimos hacia donde sonaban los escalofriantes aullidos, que parecían proceder del otro lado de la plataforma. Yo pensé al principio que Jay, Colin y otros amigos nos estaban gastando una broma, aullando de aquel modo para asustarnos, pero entonces vi sus ojos desencajados y la expresión de espanto reflejada en sus rostros. Jay, Colin y los demás se habían quedado petrificados. No eran ellos los que producían aquellos sonidos.

Los aullidos se iban acercando cada vez más.

Y entonces los vi a lo lejos, más allá de la plataforma. Eran pequeñas y oscuras criaturas que se deslizaban rápidamente, pegadas a la tierra llana, echando hacia atrás la cabeza y lanzando excitados aullidos mientras avanzaban hacia nosotros.

—¿Qué son? —exclamó Mike, poniéndose a mi lado.

—¿Son coyotes? —preguntó Dori con voz temblorosa.

—¡Espero que no! —exclamó una de las chicas.

Subimos todos a la plataforma de cemento y nos acurrucamos detrás de nuestras bolsas y mochilas. Los aullidos sonaban con más fuerza a medida que las criaturas se iban aproximando. Podía ver ya decenas de ellas. Volaban hacia nosotros sobre la tierra llana como si las impulsara el viento.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Mike.

Jay, que estaba junto a mí, aún tenía en la mano dos de las piedras rojizas que había estado utilizando en la competición.

—¡Coged piedras! —gritaba frenéticamente—. ¡Quizá

consigamos asustarlos y hacerles escapar!

Las criaturas se detuvieron a pocos metros de la plataforma de cemento y se irguieron amenazadoras sobre sus patas traseras.

Acurrucado entre Mike y Jay, ahora podía verlas con toda claridad. Eran lobos, linces, o algo por el estilo. Erguidos como estaban, tenían casi un metro de altura.

Tenían cuerpos flacos, casi esqueléticos, y su piel era rojiza y moteada. Sus zarpas mostraban unas uñas largas y plateadas, y la cabeza era casi tan flaca como el cuerpo. Minúsculos ojillos enrojecidos nos miraban famélicos. Sus alargadas bocas se abrían y cerraban mostrando una doble fila de plateados dientes que semejaban puñales.

—¡No! ¡No! ¡No! —Mike se dejó caer de rodillas, con todo su cuerpo convulsionado en un estremecimiento de terror.

Algunos chicos gritaban, otros miraban boquiabiertos, en aturdido silencio, a las criaturas que se aproximaban.

Yo estaba demasiado asustado para gritar, moverme o hacer cualquier otra cosa.

Miraba fijamente a la fila de criaturas mientras el corazón me golpeaba con fuerza el pecho, y sentía la boca tan seca como si fuese de algodón.

Las criaturas quedaron en silencio. Se hallaban a unos metros de la plataforma, erguidas, y nos miraban con ojos hambrientos, abriendo y cerrando las mandíbulas ruidosamente. De la boca comenzó a fluirles una espuma blanquecina.

—¡Van a atacar! —gritó un chico.

—¡Parecen hambrientos! —oí decir a una de las chicas.

La espuma blanquecina desbordaba por encima de sus afilados dientes. Continuaron estrechando sus mandíbulas con secos chasquidos. El ruido sonaba como el de una docena de trampas de acero al cerrarse.

De pronto uno de ellos saltó al borde de la plataforma.

—¡No! —gritaron varios chicos al unísono.

Nos apretamos más unos contra otros, tratando de mantenernos acurrucados tras el montón de bolsas y mochilas.

Otra criatura subió a la plataforma. Luego, tres más.

Retrocedí un paso.

Vi que Jay echaba el brazo hacia atrás y lanzaba una piedra rojiza contra una de las espumeantes criaturas. La piedra golpeó ruidosamente contra la plataforma y salió despedida hacia fuera.

Las criaturas se mantuvieron impertérritas. Arquearon los lomos, disponiéndose al ataque.

Empezaron a rechinar los dientes con un agudo sonido y se acercaron todavía un poco más.

Jay tiró otra piedra, que alcanzó en el costado a una de las criaturas. Ésta lanzó un estridente chillido de sorpresa pero continuó avanzando sin detenerse, con sus ojos enrojecidos fijos en Jay, y entrechocando ruidosamente las mandíbulas.

—¡Fuera! —chilló Dori con voz temblorosa—. ¡Fuera de aquí! ¡Marchaos!

Pero sus gritos no surtieron ningún efecto.

Las criaturas continuaban avanzando.

—¡Corred! —apremié yo—. ¡Corred!

—¡No podemos correr más que ellos! —gritó alguien.

Los chasquidos de las mandíbulas fueron aumentando de intensidad hasta que pareció como si nos halláramos rodeados por un muro ensordecedor.

Las horribles criaturas se agazaparon para saltar.

—¡Corred! —repetí—. ¡Vamos, corred!

Mis piernas se negaban a cooperar. Las sentía flojas, como si fuesen de goma.

Al intentar huir de las criaturas retrocedí, cayendo de espaldas por el borde de la plataforma. Cuando mi cabeza chocó contra el duro suelo vi infinidad de estrellas. Comprendí que me iban a devorar. No tenía escape.

4

Oí el grito de ataque como el aullido de una sirena. Oí el roce de las largas uñas de las criaturas sobre la plataforma de cemento. Oí los gritos y alaridos de los aterrorizados campistas.

Luego, mientras pugnaba frenéticamente por incorporarme, oí el estruendo ensordecedor.

Al principio creí que se trataba de una explosión. Pensé que había estallado la plataforma, pero al volverme vi el rifle. Otro disparo. Una nubecilla de humo blanco se elevó en el aire. Las criaturas giraron en redondo y emprendieron la huida, en silencio ahora, pegadas al suelo y con el rabo entre sus peludas patas.

—¡Ja, ja! ¡Mirad cómo corren! —El hombre mantenía el rifle apoyado contra el hombro mientras observaba cómo huían las criaturas.

Detrás de él había un largo autocar verde.

Me puse en pie y me sacudí el polvo.

Todo el mundo reía ahora, dando saltos de alegría por habernos librado en el último momento del horrible peligro que nos amenazaba. Yo estaba todavía demasiado alterado para celebrarlo.

—¡Corren como conejos! —exclamó el hombre con voz retumbante, al tiempo que bajaba el rifle.

Un momento después comprendí que el hombre había salido del autocar del campamento para salvarnos, y que no lo habíamos oído llegar debido a los gritos de ataque de los animales.

—¿Estás bien, Mike? —pregunté, dirigiéndome hacia mi nuevo amigo, que parecía asustado.

—Me parece que sí —respondió titubeante—. Me parece que estoy bien.

Dawn me dio una palmada en la espalda, sonriente.

—¡Estamos perfectamente! —exclamó—. ¡Estamos perfectamente!

Nos agrupamos delante del hombre que sostenía el rifle. Era corpulento, de rostro colorado y casi totalmente calvo a excepción de una franja de pelo rizado y amarillento que le daba la vuelta a la cabeza, salvo en la frente, claro. Lucía un poblado bigote rubio bajo su enorme nariz ganchuda, y bajo las peludas cejas rubias brillaban sus diminutos ojillos de pájaro.

—¡Hola, chicos! Soy tío Al, vuestro amigo y director del campamento. Espero que os haya gustado la bienvenida al Campamento Pesadilla —dijo con voz grave.

Oí unas cuentas respuestas entre dientes.

Apoyó el rifle en el autocar y avanzó unos pasos hacia nosotros, observando nuestras caras. Llevaba pantalones cortos blancos y una camiseta de color verde brillante que se tensaba sobre su prominente barriga. Dos jóvenes, vestidos también de verde y blanco, bajaron del autocar. Los dos mostraban una expresión seria.

—Vamos a cargar —les indicó tío Al con su voz grave.

No se excusó por haberse retrasado, no ofreció ninguna explicación sobre los extraños animales ni preguntó si nos encontrábamos bien después del susto que habíamos sufrido.

Los dos monitores empezaron a introducir los bultos en el compartimento de equipajes del autocar.

—Este año parece un buen grupo —gritó tío Al—. A las chicas os dejaremos primero, al otro lado del río. Luego os instalaremos a los chicos.

—¿Qué eran esos horribles animales? —preguntó Dori.

Tío Al hizo como si no la hubiera oído.

Empezamos a subir al autocar. Busqué a Mike y lo encontré hacia el final de la cola. Estaba pálido y parecía realmente alterado.

—He… he pasado miedo de verdad —confesó.

—Pero estamos bien —le tranquilicé—. Ahora podemos descansar y divertirnos.

—Estoy hambriento —se quejó Mike—. No he comido en todo el

día.

—No tendrás hambre cuando pruebes la comida del campamento —le dijo uno de los monitores, que lo había oído.

Subimos al autocar y yo me senté al lado de Mike. Oía los ruidos que le hacía el estómago. De pronto me di cuenta de que yo también estaba muerto de hambre. Ardía en deseos de ver qué aspecto tenía el Campamento Pesadilla. Esperaba que no se hallara muy lejos.

—¿A qué distancia está nuestro campamento? —pregunté a tío Al, que se había sentado al volante.

No pareció oírme.

—¡Eh, Mike, ya estamos en marcha! —exclamé alegremente mientras el autocar comenzaba a rodar por la carretera.

Mike se esforzó en sonreír.

—¡Menos mal que nos vamos de aquí!

Curiosamente, el viaje no duró ni cinco minutos.

Todos manifestamos entre murmullos nuestra sorpresa por la brevedad del trayecto. ¿Por qué no nos había llevado hasta allí el primer autocar?

Apareció un gran letrero de madera que indicaba Campamento Pesadilla, y tío Al desvió el autocar a un camino de grava que atravesaba un bosquecillo y conducía al campamento. Seguimos el estrecho y sinuoso camino y cruzamos un pequeño río de aguas oscuras. Aparecieron varias cabañas.

—Campamento de las chicas —anunció tío Al. El autocar se detuvo para que bajasen las cuatro chicas. Dawn me saludó con la mano al descender.

Minutos después llegamos al campamento de los chicos. Por la ventana del autocar divisé una hilera de pequeñas cabañas blancas. En lo alto de una colina que ascendía en suave pendiente había un amplio edificio de madera blanca, probablemente destinado a lugar de reuniones o comedor.

En el borde de un prado, tres monitores, los tres vestidos con pantalón blanco y camiseta verde, se hallaban ocupados en encender una hoguera en un amplio hoyo de barbacoa.

—¡Eh, mira, tenemos carne a la parrilla! —exclamé, dirigiéndome a Mike. Estaba empezando a sentirme realmente

excitado.

Mike sonrió también. ¡Se le hacía la boca agua sólo de pensar en comer!

El autocar se detuvo bruscamente al extremo de la hilera de cabañas. Tío Al se levantó enseguida y se volvió hacia nosotros.

—¡Bienvenidos al magnífico Campamento Pesadilla! —bramó—. Bajad y poneos en fila para que os asignemos vuestras cabañas. Después de cenar nos veremos en la fogata de campamento.

Bajamos alborozadamente del autocar. Jay palmeaba con entusiasmo a un chico en la espalda. Creo que todos nos sentíamos mucho mejor y nos habíamos olvidado ya de nuestra pequeña aventura.

Me apeé e hice una profunda inspiración. El aire era fresco, sano y fragante. Detrás del edificio blanco de la colina vi una larga hilera de árboles.

Mientras hacía cola, busqué con la vista la orilla del río. Podía oír el suave rumor del agua tras una espesa fila de árboles, pero no podía verlo.

A Mike, Jay, Colin y a mí nos asignaron la cabaña 4. No tenía nombre, sólo número: cabaña 4.

Era realmente pequeña, de techo bajo y con ventanas en dos lados, con capacidad para seis campistas. Había literas junto a tres de las paredes y una alta estantería en la cuarta pared, con un pequeño espacio cuadrado en medio.

No había cuarto de baño. Supuse que estaría en otro edificio.

Cuando entramos en la cabaña vimos que una de las camas ya se hallaba adjudicada. Estaba cuidadosamente hecha, con la manta verde bien estirada, con varias revistas deportivas y un magnetófono encima.

—Esto debe de ser de nuestro monitor —dijo Jay, inspeccionando el magnetófono.

—Espero que no tengamos que ponernos esas horribles camisetas verdes —comentó Colin, sonriendo. Todavía llevaba las gafas de sol de cristales reflectantes aunque ya casi se había puesto el sol y el interior de la cabaña estaba casi tan oscuro como si fuese de noche.

Jay eligió una de las literas superiores, y Colin la situada debajo

de ella.

—¿Puedo quedarme yo con esta baja? —me preguntó Mike—. Por la noche suelo dar muchas vueltas y tengo miedo de caerme de una alta.

—Desde luego, no hay problema —respondí. De todos modos, yo prefería la litera alta. Sería mucho más divertido.

—Espero que no ronquéis —dijo Colin.

—De todas maneras, aquí no vamos a dormir —señaló Jay—. ¡Estaremos de juerga toda la noche! —Le dio juguetonamente una palmadita a Mike en la espalda pero con tanta fuerza que lo lanzó violentamente contra el armario.

—¡Eh! —gimió Mike—. ¡Me has hecho daño!

—Perdona. Es que no controlo mi propia fuerza —respondió Jay, dirigiendo una sonrisa a Colin.

Se abrió la puerta de la cabaña y entró un tipo pelirrojo con la cara completamente cubierta de pecas oscuras y una gran bolsa de plástico gris en la mano. Era alto y muy delgado, y vestía pantalón corto blanco y camiseta verde.

—Hola, chicos —dijo, y dejó caer la bolsa en el suelo al tiempo que soltaba un gruñido. Nos observó con atención, y después señaló la bolsa—. Ahí tenéis sábanas y mantas. Haceos las camas y procurad que queden tan bien como la mía. —Señaló la litera situada junto a la ventana que tenía encima del magnetófono.

—¿Eres nuestro monitor? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Yo soy el afortunado. —Se volvió y se dispuso a salir.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jay desde atrás.

—Larry —respondió, abriendo la puerta—. Vuestras cosas estarán aquí dentro de unos minutos —nos dijo—. Podéis disputaros los cajones. Dos de ellos están cerrados y no se pueden abrir.

Empezó a salir, y luego se volvió hacia nosotros.

—No toquéis mis cosas.

La puerta se cerró de golpe a su espalda. Miré por la ventana y lo vi alejarse rápidamente a grandes zancadas, sacudiendo la cabeza mientras caminaba.

—Un gran tipo —dijo Colin con sarcasmo.

—Realmente simpático —añadió Jay, meneando la cabeza.

Acto seguido nos lanzamos sobre la bolsa de plástico para sacar las sábanas y las mantas de lana. Jay y Colin se enzarzaron en una discusión por una manta que según ellos era más suave que las otras. Yo eché una sábana sobre mi colchón y empecé a subirme a la litera para remeterla por los bordes. Estaba hacia la mitad de la escalera cuando oí el grito de Mike.

5

Mike estaba justamente debajo de mí, haciéndose la cama. Su grito fue tan fuerte que estuve en un tris de caerme de la escalera.

Salté al suelo, con el corazón en un puño, y me acerqué a él.

Mike retrocedió, apartándose de su litera, con la mirada fija ante sí y la boca abierta en una mueca de horror.

—¿Qué pasa, Mike? —pregunté—. ¿Qué te ocurre?

—¡Se… serpientes! —balbuceó Mike, sin apartar la vista de su cama sin hacer.

—¿Qué? —Seguí su mirada. Estaba demasiado oscuro para ver algo.

Colín se echó a reír.

—¡Es una broma muy vieja! —exclamó.

—Larry te ha metido serpientes de goma en la cama —dijo Jay, acercándose sonriente a nosotros.

—¡No son de goma! ¡Son de verdad! —porfió Mike con voz temblorosa.

Jay se echó a reír y meneó la cabeza.

—No puedo creer que hayas picado con un truco tan viejo. —Dio unos pasos en dirección a la cama y se detuvo—. ¡Eh…!

Me acerqué, y entonces vi las serpientes. Se erguían de entre las sombras y arqueaban sus esbeltas cabezas, echándose hacia atrás como si se dispusieran al ataque.

—¡Son de verdad! —exclamó Jay, volviéndose hacia Colin—. ¡Dos!

—Lo más seguro es que no sean venenosas —aventuró Colin,

acercándose más.

Las dos serpientes lanzaron furiosos silbidos y se irguieron a más altura sobre la cama. Ambas eran largas y delgadas, tenían la cabeza más ancha que el cuerpo y agitaban la lengua de un lado a otro al tiempo que se arqueaban amenazadoramente.

—Me dan miedo las serpientes —murmuró Mike.

—¡Seguro que ellas te tienen miedo a ti! —bromeó Jay, dándole una palmada en la espalda.

Mike dio un respingo. No estaba de humor para las bromas de Jay.

—Tenemos que llamar a Larry o a alguien —dijo.

—¡Ni hablar! —insistió Jay—. Tú puedes dar buena cuenta de ellas, Mike. ¡Sólo son dos!

Jay empujó en broma a Mike hacia la cama para asustarle, pero Mike tropezó y cayó sobre ella. Las serpientes se lanzaron al instante sobre él. Vi cómo una de ellas clavaba sus dientes en la mano de Mike, que se puso en pie. Al principio no reaccionó, pero enseguida lanzó un grito ensordecedor.

Dos gotas de sangre aparecieron en el dorso de su mano derecha. Se las quedó mirando, y al instante se agarró la mano.

—¡Me ha mordido! —gritó.

—¡Oh, no! —exclamé yo.

—¿Ha perforado la piel? —preguntó Colín—. ¿Sale sangre?

Jay se adelantó rápidamente y agarró a Mike por el hombro.

—Perdona, no sabes cuánto lo siento —dijo—. Yo no quería…

Mike soltó un gemido.

—Duele mucho —murmuró. Respiraba trabajosamente, con jadeos que le agitaban el pecho en ruidosas convulsiones.

Las serpientes, enroscadas en el centro de su litera, empezaron a silbar de nuevo.

—Será mejor que vayas a la enfermería —dijo Jay, con la mano apoyada todavía en el hombro de Mike—. Yo te acompaño.

—N… no —balbuceó Mike.

Tenía la cara más pálida que un muerto. Se apretó con fuerza la mano.

—¡Iré yo solo! —Salió de la cabaña a toda velocidad. La puerta se cerró de golpe tras él.

—Jo, yo no quería empujarle, de verdad —nos explicó Jay. Estaba realmente afectado—. Sólo bromeaba para asustarle un poco. No quería que se cayese ni…

—¿Qué vamos a hacer con ellas? —le interrumpí, señalando a las dos serpientes enroscadas.

—Llamaré a Larry —se ofreció Colin. Echó a andar en dirección a la puerta.

—¡No, espera! —exclamé—. Mira, están sobre la sábana de Mike, ¿verdad?

Jay y Colin siguieron la dirección de mi mirada hacia la cama. Las serpientes volvieron a erguirse y a arquearse, disponiéndose a morder de nuevo.

—¿Y qué? —preguntó Jay, rascándose el pelo desgreñado.

—Pues que podemos envolverlas en la sábana y llevarlas afuera —respondí.

Jay se me quedó mirando.

—Ojalá se me hubiera ocurrido eso. ¡Venga, vamos a hacerlo!

—Os van a morder —advirtió Colin.

Miré a las serpientes; parecía como si también ellas me estuvieran mirando a mí.

—No pueden mordemos a través de la sábana —dije.

—¡Pero pueden intentarlo! —exclamó Colin, echándose hacia atrás.

—Si actuamos con rapidez —repliqué, avanzando cautelosamente en dirección a la cama—, podemos envolverlas antes de que se den cuenta de lo que pasa.

Las serpientes silbaron amenazadoramente y se irguieron más aún.

—¿Y cómo han llegado hasta aquí? —preguntó Colin.

—Quizá todo el campamento está infestado de serpientes —indicó Jay, sonriendo—. Quizá tú también tienes unas cuantas en tu cama, Colin. —Soltó una carcajada.

—Bueno, un poco de seriedad —exclamé con tono severo, sin dejar de mirar fijamente a las enroscadas serpientes—. ¿Lo intentamos o no?

—Sí, vamos a probarlo —respondió Jay—. Se lo debo a Mike.

Colin permaneció en silencio.

—Seguro que podría agarrar una por la cola y tirarla por la ventana —dijo Jay—. Tú podrías hacer lo mismo con la otra y…

—Primero probemos mi plan —sugerí en voz baja.

Nos deslizamos sigilosamente en dirección a las serpientes, caminando de puntillas. Resultaba un poco tonto pues nos estaban mirando.

Señalé un extremo de la sábana que estaba metido debajo del colchón.

—Agarra de ahí —indiqué a Jay—. Y luego estira.

Titubeó.

—¿Y si fallo, o si fallas tú?

—Entonces nos veremos en apuros —respondí con gesto sombrío, y alargué la mano hacia el otro extremo de la sábana, sin apartar los ojos de las serpientes—. ¿Preparado? A la de tres —susurré.

Con el alma en un hilo, apenas pude murmurar:

—Una, dos, tres.

Agarramos los extremos de la sábana.

—¡Estira! —grité con una voz tan aguda que me pareció imposible que procediese de mi boca.

Levantamos la sábana y unimos los extremos, formando una especie de envoltorio. Las serpientes se retorcían frenéticamente. Oía los chasquidos de sus mandíbulas. Se contorsionaban con tal violencia que el envoltorio se balanceaba de un lado a otro.

—No les gusta —comentó Jay mientras corríamos hacia la puerta, llevando el envoltorio en medio de los dos y procurando mantenernos lo más apartados posible de él.

Empujé la puerta con el hombro y salimos a la hierba.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jay.

—Sigue corriendo —respondí—. Vi que una de las serpientes asomaba la cabeza. ¡Aprisa!

Pasamos a la carrera por delante de las cabañas en dirección a un grupo de arbustos. Más allá se extendía un bosquecillo de árboles bajos. Al llegar a él, balanceamos el envoltorio hacia atrás y arrojamos la sábana contra los árboles. La sábana se abrió al caer en el suelo. Las dos serpientes salieron al instante y se refugiaron entre los árboles.

Jay y yo lanzamos sonoros suspiros de alivio. Permanecimos allí unos instantes, encorvados, con las manos en las rodillas, tratando de recobrar el aliento. Me puse en cuclillas y busqué con la mirada a las serpientes, pero se habían escabullido al abrigo de la vegetación. Me incorporé.

—Creo que deberíamos recuperar la sábana de Mike —dije.

—Probablemente no querrá dormir en ella —apuntó Jay, pero alargó la mano y la cogió de la hierba. Hizo una bola con ella y me la arrojó—. Seguro que está chorreando veneno de serpiente —dijo, haciendo una mueca de repugnancia.

Cuando regresamos a la cabaña, Colin ya se había hecho la cama y estaba sacando sus cosas, que iba colocando en el cajón superior del armario. Se volvió al oírnos entrar.

—¿Qué tal os ha ido? —preguntó con tono despreocupado.

—Ha sido horrible —respondió al instante Jay con expresión sombría—. Nos han mordido a los dos. Dos veces.

—¡No sabes mentir! —replicó Colin, riéndose—. Ni siquiera deberías intentarlo.

Jay rió también.

Colin se volvió hacia mí.

—Eres un héroe —dijo.

—Gracias por tu ayuda —le espetó sarcásticamente Jay.

Colin empezó a contestar, pero en aquel momento se abrió la puerta y Larry asomó su pecosa cara.

—¿Qué tal os va? —preguntó—. ¿Aún no habéis terminado?

—Hemos tenido un pequeño problema —le dijo Jay.

—¿Dónde está el otro chico, el gordito? —preguntó Larry, bajando la cabeza al entrar para no golpearse con el dintel.

—A Mike le ha mordido una serpiente —indiqué.

—Había dos serpientes en su cama —dijo Jay.

Larry permaneció imperturbable. No parecía sorprendido en absoluto.

—¿Y adonde ha ido? —preguntó con tono indiferente mientras mataba de una palmada un mosquito que tenía en el brazo.

—Le estaba sangrando la mano. Ha ido a la enfermería para que le curen —respondí.

—¿Qué? —exclamó Larry, boquiabierto.

—Ha ido a la enfermería —repetí.

Larry echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Enfermería? —exclamó, riendo a mandíbula batiente—. ¿Qué enfermería?

6

Se abrió la puerta y entró Mike, agarrándose todavía la mano herida. Estaba pálido y parecía asustado.

—Dicen que no hay enfermería —me explicó.

Entonces vio a Larry, encaramado en su litera.

—Larry, mira mi mano —dijo. Levantó la mano para que el monitor pudiera verla. Estaba manchada de sangre.

Larry bajó de la litera.

—Creo que tengo algunas vendas —murmuró.

Sacó de debajo de su litera una caja negra y alargada y empezó a rebuscar en ella. Mike permanecía en pie a su lado, sosteniéndose la mano, de la que caían gotas de sangre que se estrellaban contra el suelo de la cabaña.

—Dicen que no hay enfermería en el campamento —repitió.

Larry sacudió la cabeza.

—Si te haces daño en este campamento —dijo a Mike con expresión grave—, tienes que apañártelas tú solo.

—Creo que se me está hinchando un poco la mano —indicó Mike.

Larry le entregó un rollo de vendas.

—El lavabo está al final de esta fila de cabañas —explicó a Mike, cerrando la caja y metiéndola de nuevo bajo la cama—. Ve a lavarte la mano y véndatela. Date prisa. Es casi la hora de la cena.

Mike cogió el rollo de vendas con la mano sana y se apresuró a salir para seguir las instrucciones de Larry.

—A propósito, ¿cómo habéis sacado las serpientes de aquí? —

preguntó Larry, paseando la vista por la cabaña.

—Las llevamos envueltas en la sábana de Mike —respondió Jay. Me señaló con el dedo—. Fue idea de Billy.

Larry me miró fijamente.

—Me asombras, Billy —dijo—. Ha sido una acción muy valiente.

—Quizás es que he heredado algo de mis padres —respondí—. Son científicos. Exploradores más bien. Se pasan meses enteros explorando los lugares más salvajes.

—Bueno, el Campamento Pesadilla es bastante salvaje —observó Larry—. Y más vale que tengáis cuidado, os lo advierto. —Su expresión se tornó seria—. Aquí no hay enfermería ni enfermeros. Tío Al no es partidario de derrochar delicadezas con vosotros.

Las salchichas de los bocadillos estaban completamente quemadas, pero estábamos tan hambrientos que no nos importó. Yo engullí tres bocadillos en menos de cinco minutos. Creo que en mi vida he tenido tanta hambre.

La fogata estaba en un claro rodeado por un círculo de piedras blancas y redondas. Detrás de nosotros se alzaba sobre la colina el edificio de madera blanca. Delante, una tupida hilera de árboles formaba una valla que ocultaba el río a nuestra vista. A través de una pequeña abertura entre los árboles pude ver el brillo parpadeante de otra fogata a lo lejos, al otro lado del río. Me pregunté si sería la fogata del campamento de las chicas.

Pensé en Dawn y Dori. Me preguntaba si alguna vez nos reuniríamos los dos campamentos, si las vería de nuevo.

La cena en torno a la gran fogata pareció poner de buen humor a todo el mundo. Jay, que estaba sentado a mi lado, fue el único que se quejó de que los perritos calientes estuvieran quemados. Pero aun así él solito se tragó cuatro o cinco.

Mike tenía dificultades para comer por culpa de su mano vendada. Cuando se le cayó el primer perrito caliente, pensé que se iba a echar a llorar, pero al final de la cena estaba de mucho mejor humor. Aunque la mano herida se le había hinchado un poco, él decía que no le dolía tanto como antes.

Resultaba fácil localizar a los monitores. Todos llevaban idénticos pantalones cortos blancos y camisetas verdes. Serían unos ocho o diez, todos jóvenes, de unos dieciséis o diecisiete años.

Comían juntos, en silencio, apartados de nosotros. Yo tenía la vista fija en Larry, pero él no se volvió ni una sola vez a mirarnos. Me estaba preguntando si Larry sería tímido o, sencillamente, si los campistas le importábamos un pepino. De pronto tío Al se puso en pie y nos hizo señas con las dos manos para que guardáramos silencio.

—Quiero daros la bienvenida al Campamento Pesadilla —empezó—. Espero que hayáis instalado ya vuestras cosas y os encontréis cómodos en vuestras cabañas. Sé que la mayoría de vosotros es la primera vez que acudís a un campamento.

Hablaba rápidamente, sin pausas entre las frases, como si hubiera dicho ya mil veces todo aquello y estuviera deseando terminar.

—Quisiera exponer algunas de nuestras normas básicas —continuó—. Primera, las luces se apagan a las nueve en punto.

Se oyeron algunas protestas.

—Tal vez creáis que podréis saltaros esta regla —prosiguió Al, sin hacer caso de las quejas—. Quizá penséis que podréis escabulliros de vuestras cabañas para reuniros o dar un paseo junto al río. Pero os advierto desde ahora mismo que no lo vamos a permitir y que disponemos de medios eficaces para hacer cumplir esta norma.

Hizo una pausa para aclararse la garganta. Algunos chicos se estaban riendo de algo por lo bajo. Jay eructó ruidosamente, lo que provocó más risas. Tío Al pareció no darse cuenta de nada.

—Al otro lado del río está el campamento de las chicas —continuó, haciendo un gesto en dirección a los árboles—. Quizá podáis ver su fogata. Bien, pues quiero que quede bien claro que está terminantemente prohibido ir nadando o remando hasta el campamento de las chicas.

Algunos chicos lanzaron un sonoro gemido, lo que nos hizo reír a todos, incluso a algunos de los monitores. Tío Al se mantuvo serio.

—Los bosques que rodean el campamento están llenos de osos —continuó—. Vienen al río a bañarse y a beber, y generalmente están hambrientos.

Esto provocó otra sonora reacción entre todos los que nos

hallábamos sentados en torno a la fogata. Alguien lanzó un gruñido, y otro chico gritó. Nos echamos todos a reír.

—No os reiréis si un oso os clava las garras en la cabeza —exclamó severamente tío Al.

Se volvió hacia el grupo de monitores que permanecía fuera de nuestro círculo.

—Larry, Kurt, venid aquí —ordenó.

Los dos monitores se pusieron dócilmente en pie y caminaron hasta el centro del círculo, donde se situaron junto a tío Al.

—Quiero que a los nuevos campistas les hagáis una demostración del comportamiento que deben seguir cuando…, bueno, quiero decir si son atacados por un oso.

Inmediatamente, los dos monitores se echaron de bruces en el suelo. Quedaron tendidos boca abajo, cubriéndose la nuca con las manos.

—Muy bien. ¡Espero que prestéis todos mucha atención! —exclamó con voz potente el director del campamento—. Tapaos la cabeza y el cuello y procurad no moveros. —Hizo una seña a los dos monitores—. Gracias, muchachos. Podéis levantaros.

—¿Han atacado aquí los osos alguna vez? —pregunté, haciendo bocina con las manos para que el tío Al pudiera oírme.

Se volvió hacia mí.

—Dos veces el verano pasado —respondió.

Varios chicos contuvieron una exclamación.

—El resultado no fue nada bonito —continuó tío Al—. Es difícil quedarse quieto cuando un oso enorme te está pateando y babeando encima. Pero si te mueves… —Dejó la frase en el aire, encomendando el resto a nuestra imaginación.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. No quería pensar en osos ni en ataques de osos.

¿A qué clase de campamento me habían mandado mis padres? Estaba impaciente por llamarles para contarles todo lo que ya había sucedido.

Tío Al esperó hasta que volvimos a quedar todos en silencio, y entonces señaló hacia un lado.

—¿Veis aquella cabaña de allí? —preguntó.

A la débil luz del atardecer distinguí una cabaña situada hacia la

mitad de la colina en que se alzaba el edificio. Parecía más grande que las otras y daba la impresión de que estuviera inclinada, medio volcada hacia un lado, como si el viento hubiese intentado derribarla.

—Quiero que todos veáis bien esta cabaña —advirtió tío Al con voz potente que se sobreponía al crepitar del fuego—. Se la conoce con el nombre de la «Cabaña

Prohibida». No hablamos de esa cabaña ni nos acercamos nunca a ella.

Sentí otro escalofrío al mirar en la grisácea luz del crepúsculo a la oscura construcción inclinada. Sentí un pinchazo en la parte posterior del cuello y maté un mosquito de una palmada, aunque no con la suficiente rapidez como para evitar que me picase.

—Os voy a repetir lo que acabo de decir —gritó tío Al, señalando todavía la oscura edificación de la colina—. Aquello se conoce con el nombre de la «Cabaña Prohibida». Nadie debe acercarse a ella. Nadie.

Todo el mundo empezó a hablar y a reír. Risa nerviosa, supongo.

—¿Por qué se le llama Cabaña Prohibida? —preguntó alguien.

—Nunca hablamos de ella —respondió secamente tío Al.

Jay se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Tenemos que ir a verla de cerca.

Me eché a reír. Luego me volví indeciso hacia Jay.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Él sonrió y no dijo nada. Me volví de nuevo hacia el fuego. Tío Al nos estaba deseando una buena estancia y diciéndonos que este año tenía muchas ganas de comenzar la vida de campamento.

—¡Y una norma más! —gritó—. Debéis escribir a vuestros padres todos los días. ¡Todos los días! Queremos que sepan lo bien que os lo pasáis en el Campamento Pesadilla.

Vi que Mike se agarraba con cuidado la mano derecha.

—Está empezando a darme pinchazos —me dijo con aire asustado.

—Quizá Larry tenga algo para poner en la herida —indiqué—. Vamos a preguntárselo.

Tío Al dio por terminada la reunión. Nos pusimos todos en pie, estirándonos y bostezando, y comenzamos a dirigirnos en pequeños

grupos a nuestras cabañas.

Mike y yo nos quedamos rezagados para hablar con Larry, que estaba conversando con los otros monitores. A todos les llevaba la cabeza, por lo menos.

—¡Eh, Larry! —llamó Mike.

Para cuando nos abrimos paso por entre los grupos de chicos que iban en dirección contraria, Larry ya había desaparecido.

—Quizá va a nuestra cabaña para asegurarse de que obedecemos la orden de apagar las luces —sugerí.

—Vamos a ver —respondió Mike con cierta inquietud.

Pasamos rápidamente por delante de la fogata casi apagada. Había dejado de crepitar pero aún brillaba con intenso fulgor rojizo. Después seguimos a lo largo de la curva de la colina en dirección a la cabaña 4.

—Me duele mucho la mano —gimió Mike, sosteniéndola con cuidado ante sí—. Y no es por ganas de quejarme. Noto punzadas y se me está hinchando. Además tengo escalofríos.

—Larry sabrá qué hacer —respondí, procurando hablar con tono tranquilizador.

—Eso espero —dijo Mike con voz temblorosa.

Nos paramos en seco al oír los aullidos. Aullidos horribles, como los de un animal retorciéndose de dolor, pero demasiado humanos para ser de un animal. Aullidos prolongados y penetrantes que desgarraban el aire y resonaban en la colina.

Mike lanzó un grito sofocado y se volvió hacia mí. Incluso en la oscuridad vi el terror reflejado en su cara.

—Esos gritos —susurró—, vienen de la Cabaña Prohibida.

7

Pocos minutos después Mike y yo entramos en nuestra cabaña.

Jay y Colin se hallaban sentados, cada uno en su cama, con expresión tensa.

—¿Dónde está Larry? —preguntó Mike con voz en la que se traslucía el miedo.

—No está aquí —respondió Colin.

—¿Dónde está? —chilló Mike—. Tengo que encontrarlo. ¡Mi mano!

—No tardará en venir —sugirió Jay.

Yo podía oír todavía los extraños aullidos a través de la ventana abierta.

—¿Oís eso? —pregunté dirigiéndome hacia la ventana y escuchando con atención.

—Seguramente es un coyote —dijo Colin.

—Los coyotes no aúllan así —replicó Mike—. Su aullido es más agudo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Colin, dirigiéndose hacia la litera de Larry y sentándose en la cama inferior.

—Lo hemos estudiado en la escuela —respondió Mike.

Otro aullido nos puso a todos en guardia.

—Parece un hombre —sugirió Jay, con ojos brillantes de excitación—. Un hombre que lleva años y años encerrado en la Cabaña Prohibida.

Mike tragó saliva.

—¿Lo crees de verdad?

Jay y Colin se echaron a reír.

—¿Qué hago con mi mano? —preguntó Mike, levantándola. La tenía realmente hinchada.

—Ve a lavártela otra vez —le dije—, y ponte una venda limpia. —Miré por la ventana, escrutando la oscuridad—. No creo que Larry tarde en venir. Seguro que él sabe dónde encontrar algo para ponerte en la herida.

—Es increíble que no haya enfermería —se lamentó Mike—. ¿Cómo han podido mandarme mis padres a un campamento en el que no hay enfermería ni enfermero ni nada?

—A tío Al no le gusta derrochar delicadezas con nosotros —dijo Colin, repitiendo las palabras de Larry.

Jay se puso en pie y empezó a imitar a tío Al.

—¡Manteneos apartados de la Cabaña Prohibida! —exclamó con voz retumbante. Lo imitaba muy bien—. ¡No hablamos de esa cabaña ni nos acercamos nunca a ella!

La imitación de Jay nos hizo reír a todos, incluso a Mike.

—¡Esta noche tenemos que ir allí! —exclamó Colin con entusiasmo—. ¡Tenemos que ir a explorarla inmediatamente!

Oímos otro prolongado y lastimero aullido que llegaba desde la colina, desde la dirección de la Cabaña Prohibida.

—Yo… yo creo que no deberíamos hacerlo —replicó Mike en voz baja mientras se examinaba la mano. Echó a andar hacia la puerta—. Voy a lavarme esto. —La puerta se cerró de golpe tras él.

—Está asustado —se burló Jay.

—Yo también estoy un poco asustado —confesé—. Quiero decir que esos horribles aullidos…

Jay y Colin soltaron la carcajada.

—En todos los campamentos hay algo parecido a la Cabaña Prohibida. Eso se lo inventan los directores.

—Sí —confirmó Jay—. A los directores de los campamentos les encanta asustar a los chavales. No tienen otra diversión que ésa.

Hinchó el pecho e imitó de nuevo a tío Al.

—¡No salgáis después de que se apaguen las luces o no se volverá a saber nada más de vosotros! —tronó, y se echó a reír carcajadas.

—No hay nada en la Cabaña Prohibida —dijo Colin meneando la

cabeza—. Lo más probable es que esté completamente vacía. Sólo se trata de una broma, como esas historias de los fantasmas de campamento. Cada campamento tiene su propia historia de fantasmas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, dejándome caer en la cama de Mike—. ¿Ya habías estado en algún campamento?

—No —respondió Colin—, pero tengo amigos que me han hablado de sus campamentos. —Levantó la mano y se quitó por primera vez las gafas de espejo que llevaba. Tenía unos ojos azules muy claros, como grandes canicas azules.

De pronto oímos el sonido de una corneta que repetía una melodía lenta y melancólica.

—Ésa debe de ser la señal para apagar las luces —dije, bostezando. Empecé a quitarme los zapatos. Estaba tan cansado que pensaba dormir vestido.

—Venga, vamos a explorar la Cabaña Prohibida —insistió Jay—. ¡Podemos ser los primeros en hacerlo!

Volví a bostezar.

—Yo estoy demasiado cansado —les dije.

—Yo también —añadió Colin. Se volvió hacia Jay—. ¿Qué tal mañana por la noche?

Jay puso cara de decepción.

—Mañana —insistió Colin, arrojando los zapatos a un rincón y empezando a quitarse los calcetines.

—¡Yo en vuestro lugar no lo haría!

La voz nos sobresaltó a los tres. Nos volvimos hacia la ventana, donde de repente había aparecido la cabeza de Larry. Nos sonrió.

—Yo en vuestro lugar le haría caso a tío Al —dijo.

Me pregunté cuánto tiempo llevaría escuchándonos. ¿Nos estaba espiando deliberadamente?

Se abrió la puerta. Larry agachó la cabeza al entrar. Se había desvanecido su sonrisa.

—Tío Al no estaba bromeando —dijo con expresión seria.

—Por supuesto que no —replicó sarcásticamente Colin. Subió a su cama y se deslizó bajo la manta de lana.

—Supongo que el fantasma del campamento se abalanzará sobre nosotros si salimos después de que apaguen las luces —bromeó Jay,

tirando una toalla al otro extremo de la habitación.

—No. No hay ningún fantasma —respondió Larry con voz tranquila—. Pero Sabré sí lo hará. —Abrió su cajón y empezó a buscar algo en su interior.

—¿Quién es Sabré? —pregunté yo, completamente despierto de pronto.

—Sabré no es una persona, es una cosa —respondió Larry con tono misterioso.

—Sabré es un monstruo de ojos rojos que se zampa un campista cada noche —dijo burlonamente Colin. Se me quedó mirando—. No hay ningún Sabré, Larry nos está soltando otra de las típicas historias de campamento.

Larry dejó de rebuscar en su cajón y miró a Colin.

—No, no os estoy soltando ninguna historia —insistió en voz baja—. Estoy tratando de evitaros problemas, no pretendo asustaros.

—Entonces, ¿qué es Sabré? —pregunté yo con impaciencia.

Larry sacó un jersey del cajón, que cerró acto seguido.

—No necesitáis saberlo —respondió.

—Venga, dinos qué es —rogué.

—No lo va a decir —aseguró Colin.

—Os diré sólo una cosa. Sabré os arrancará el corazón —declaró Larry sin levantar la voz.

Jay soltó una risa guasona.

—Sí, seguro.

—¡Hablo en serio! ¡No estoy bromeando! —Se metió el jersey por la cabeza—. ¿No me creéis? Salid una noche. Salid al encuentro de Sabré. —Forcejeó para meter el brazo por la manga del jersey—. Pero antes —advirtió—, dejadme una nota con vuestra dirección para que yo sepa adonde mandar vuestras cosas.

8

La mañana siguiente fue divertida. Nos despertamos muy temprano. El sol comenzaba a asomar por el horizonte y el aire estaba todavía fresco y húmedo. Se oía el trinar de los pájaros. El sonido me recordó a mi casa. Mientras bajaba de la cama y me estiraba, pensé en mis padres y sentí deseos de llamarles por teléfono para hablarles del campamento. Pero era sólo el segundo día. Me resultaría un poco embarazoso llamarles ya al segundo día.

La verdad es que sentía una terrible añoranza. Pero, por fortuna, no había tiempo para la nostalgia. Después de ponernos ropa limpia, corrimos al pabellón de la colina que servía de centro de reuniones, teatro y comedor.

Mesas y bancos alargados se hallaban dispuestos en hileras rectas en el centro del enorme recinto. Las tablas del suelo y las paredes eran de madera de pino oscura. A gran altura, sobre nuestras cabezas, había también vigas de pino. No se veían ventanas, así que parecía como si estuviésemos metidos en una cueva enorme y oscura.

El estrépito de platos, tazas y cubiertos entrechocando unos con otros resultaba ensordecedor. Nuestras carcajadas retumbaban en el elevado techo y reverberaban en las paredes de madera. Mike me gritó algo desde el otro lado de la mesa pero no pude oírle debido al jaleo.

Algunos se quejaban de lo que había para desayunar, pero a mí me parecía bien. Teníamos huevos revueltos, beicon, patatas fritas, tostadas y zumos de frutas. Yo nunca desayunaba tanto en casa,

pero estaba muerto de hambre y me lo zampé todo.

Después de desayunar nos alineamos en el exterior del pabellón para formar diferentes grupos de actividades. El sol estaba ya alto en el cielo. Iba a hacer auténtico calor. Nuestras excitadas voces resonaban por la suave colina. Todos reíamos y hablábamos, y nos sentíamos de maravilla.

Delante de nosotros se hallaban Larry y otros dos monitores, con las listas sujetas a una tablilla en la mano, protegiéndose los ojos del brillante sol mientras nos dividían en grupos. El primero, integrado por unos diez chicos, se puso en marcha en dirección al río para darse un baño.

Los hay con suerte, pensé. Yo estaba deseando bajar a la orilla, a ver cómo era el río.

Mientras esperaba a que leyeran mi nombre, divisé un teléfono de monedas en la pared del pabellón. Pensé de nuevo en mis padres. Decidí llamarles después. Estaba ansioso por describirles el campamento y hablarles de mis nuevos amigos.

—Bien, muchachos. Seguidme hasta el campo de juego —nos ordenó Larry—. Vamos a jugar nuestro primer partido de pichi.

Unos doce chicos, entre ellos todos los de mi cabaña, seguimos a Larry colina abajo en dirección a la extensión de hierba que formaba el campo de juego.

Eché a correr al trote para alcanzar a Larry, que siempre caminaba a zancadas con sus largas piernas, como si tuviese una prisa terrible.

—¿Después de esto iremos a nadar? —pregunté.

Sin aflojar el paso, miró la hoja de papel que llevaba sujeta a la tablilla.

—Supongo que sí —respondió—. Necesitaréis daros un baño después del partido porque ahora vais a sudar.

—¿Has jugado alguna vez a pichi? —me preguntó Jay mientras intentábamos mantenernos a la altura de Larry.

—Sí, desde luego —respondí—. En la escuela jugábamos mucho a eso.

Larry se detuvo en el extremo del amplio campo verde en el que ya estaban colocadas las bases y el cuadro del bateador. Nos hizo formar en fila y nos dividió en dos equipos.

El pichi es un juego fácil de aprender. El bateador arroja la pelota al aire lo más alto y lo más lejos que puede. Luego tiene que recorrer las bases antes de que alguien del otro equipo coja la pelota, le alcance y le toque con ella o la sitúe antes en la base.

Larry empezó a leer nuestros nombres, dividiéndonos en dos equipos. Pero cuando leyó el nombre de Mike, éste se adelantó hacia Larry, sosteniendo con cuidado su mano vendada.

—Yo… yo no creo que pueda jugar, Larry —tartamudeó.

—Vamos, Mike. No seas quejica —exclamó Larry.

—Pero es que me duele mucho —insistió Mike—. Me está dando unas punzadas terribles, Larry. El dolor se me está extendiendo por todo el costado. Y mira —levantó la mano hasta la cara de Larry—, está toda hinchada.

Larry le apartó suavemente el brazo con la tablilla.

—Ve a sentarte a la sombra —le dijo.

—¿No debería tomar alguna medicina o ponerme algo en la herida? —preguntó Mike con voz estridente. Me di cuenta de que el pobre estaba realmente mal.

—Siéntate allí, bajo aquel árbol —le ordenó Larry, señalando un grupo de árboles bajos y frondosos que había en el borde del campo —. Más tarde hablaremos de eso.

Larry se apartó de Mike y tocó un silbato para que diera comienzo el partido.

—Yo ocuparé el puesto de Mike en el equipo azul —anunció, echando a correr en dirección al campo.

En cuanto comenzó el partido me olvidé de Mike. Nos lo estábamos pasando en grande. Casi todos los chicos jugaban bastante bien y el partido se desarrollaba a un ritmo mucho más rápido que cuando jugábamos en la escuela.

La primera vez que tiré desde el cuadro de bateador lancé la pelota muy arriba pero fue a caer directamente en las manos de un contrario y no llegué a la base. La segunda vez logré tres bases antes de que me alcanzaran.

Larry era un gran jugador. Cuando se colocó en el cuadro de bateador, lanzó la pelota con tanta fuerza que voló por encima de las cabezas de los demás jugadores, y mientras ellos la perseguían, Larry recorrió todas las bases en rápida y elegante carrera.

Cuando estábamos en el cuarto turno, nuestro equipo, el equipo azul, iba ganando por doce a seis. Todos poníamos mucho entusiasmo en el juego y estábamos realmente acalorados y sudorosos. Yo estaba deseando que llegase el momento de darnos un baño en el río.

Colin jugaba en el equipo rojo. Observé que era el único que no disfrutaba con el juego. Había sido alcanzado seis veces y había fallado una captura cantada. Me di cuenta de que Colin no era muy atlético. Tenía brazos largos y delgados, sin nada de músculo, y además corría torpemente. En el tercer turno, Colin se enzarzó en una discusión con un jugador de mi equipo sobre si un lanzamiento había sido nulo o no. Pocos minutos después, Colin discutía airadamente con Larry sobre una pelota que él afirmaba que había sido mala.

Larry y él estuvieron gritándose un rato. Nada especial, la típica discusión de los partidos. Finalmente Larry ordenó a Colin que se callara y que volviese al extremo del campo. Colin obedeció a regañadientes, y el partido continuó.

No volví a pensar en ello. Quiero decir que esa clase de discusiones se producen constantemente en todos los partidos, y que incluso hay quienes disfrutan con las discusiones tanto como jugando.

Pero luego, en el turno siguiente, ocurrió algo extraño que me causó una impresión penosa y me hizo preguntarme qué era lo que estaba pasando. Le correspondía sacar al equipo de Colin. Éste se situó en el cuadro de bateador y se dispuso a lanzar la pelota. Larry jugaba en el campo exterior. Yo me encontraba cerca, también en el campo. Colin lanzó la pelota, alta, pero no muy lejos. Larry y yo echamos a correr para cogerla. Larry llegó primero, cogió la pequeña y dura pelota al primer bote, echó el brazo hacia atrás y entonces vi que cambiaba de expresión. Vi que sus facciones se tensaban de rabia. Le vi entornar los ojos y fruncir las cobrizas cejas con un gesto de profunda concentración.

Con un sonoro gruñido, que revelaba su esfuerzo, Larry lanzó la pelota con todas sus fuerzas. La pelota golpeó a Colin en el cogote con un seco chasquido, y sus gafas de espejo salieron volando por el aire. Colin se detuvo en seco y emitió un grito breve y agudo.

Entonces levantó los brazos, como si le hubieran pegado un tiro, y se desplomó boca abajo sobre la hierba, donde quedó inmóvil.

La pelota se alejó rodando.

Lancé un grito de horror. Entonces vi que la expresión de Larry cambiaba de nuevo. Se le desorbitaron los ojos en un gesto de incredulidad y abrió la boca, horrorizado.

—¡No! —exclamó—. ¡Yo no quería tirársela a él!

Caí de rodillas en el suelo mientras Larry echaba a correr en dirección a Colin. Me sentía aturdido, trastornado y confuso, y tuve una sensación de náusea en el estómago.

—¡La pelota ha resbalado! —gritaba Larry—. Ha resbalado.

Mentiroso, pensé. Mentiroso. Mentiroso. Mentiroso.

Me puse en pie con esfuerzo y corrí hacia el círculo de chicos que rodeaban a Colin. Cuando llegué, Larry estaba arrodillado junto a Colin, sosteniéndole suavemente la cabeza con las dos manos.

Colin tenía los ojos abiertos. Miraba con aire aturdido a Larry y exhalaba leves gemidos.

—Haced sitio —estaba gritando Larry—. Haced sitio. —Miró a Colin—. La pelota ha resbalado. Lo siento de veras. La pelota ha resbalado.

Colin gimió con más fuerza. Los ojos se le quedaron en blanco. Larry le desanudó el pañuelo rojo y le secó la frente con él.

Colin gimió de nuevo y cerró los ojos.

—Ayudadme a llevarle al pabellón —ordenó Larry a dos chicos del equipo rojo—. Los demás cambiaos de ropa para ir a bañaros. El monitor del río os estará esperando.

Vi cómo Larry y los otros dos levantaban en vilo a Colin para transportarlo hacia el pabellón. Larry le agarraba por los hombros. Los dos chicos le sostenían torpemente por las piernas.

La sensación de náusea no se me había pasado. Seguía viendo mentalmente la intensa expresión de rabia que

mostraba el rostro de Larry cuando lanzó la pelota contra la cabeza de Colin. Yo sabía que había sido deliberado.

Me puse a seguirles, no sé por qué. Supongo que estaba tan turbado que no pensaba con claridad. Se hallaban ya cerca del pie de la colina cuando vi que Mike los alcanzaba. Corría junto a Larry, levantando la mano hinchada.

—¿Puedo ir yo también? —suplicó Mike—. Alguien tiene que mirarme la mano. Me duele mucho, Larry. Por favor, ¿puedo ir yo también?

—Sí, será mejor —respondió Larry secamente.

Bien, pensé. Por fin alguien le va a prestar un poco de atención a la mordedura de serpiente.

Sin hacer caso del sudor que me corría por la frente, los vi dirigirse colina arriba hacia el pabellón.

Aquello no debería de haber ocurrido, pensé, sintiendo de pronto un escalofrío, no obstante el ardiente sol.

Algo marchaba mal. Algo marchaba terriblemente mal.

¿Cómo iba yo a saber que los horrores no habían hecho más que empezar…?

9

Por la tarde, Jay y yo nos pusimos a escribir una carta a nuestros padres. Yo me sentía todavía bastante turbado. Seguía viendo la furiosa expresión de Larry mientras lanzaba la pelota contra Colin.

Se lo conté en la carta a mis padres. Les conté también que no había enfermería en el campamento, y les puse al corriente de lo que pasaba con la Cabaña Prohibida.

Jay dejó de escribir y levantó la vista hacia mí desde su litera. Estaba totalmente quemado por el sol. Tenía la frente y las mejillas de un rojo brillante. Se rascó la cabeza.

—Estamos cayendo como moscas —dijo, señalando con un ademán la cabaña medio vacía.

—Sí —asentí pensativo—. Espero que Colin y Mike se encuentren bien. —Y luego exclamé de pronto—: ¡Larry golpeó deliberadamente a Colin!

—¿Qué? —Jay dejó de rascarse la cabeza y bajó la mano hasta la litera—. ¿Qué dices?

—Que tiró deliberadamente la pelota a la cabeza de Colin. Yo lo vi —dije con voz temblorosa. Había pensado en no decírselo a nadie, pero ahora me alegraba de haberlo hecho. Así me sentía un poco mejor.

Pero entonces vi que Ja y no me creía.

—Eso es imposible —replicó—. Larry es nuestro monitor. Se le escapó la pelota de la mano. Eso es todo.

Estaba insistiendo, cuando de pronto se abrió la puerta de la cabaña y entró Colin, acompañado por Larry.

—¡Colin! ¿Cómo estás? —exclamé. Jay y yo nos pusimos en pie de un salto.

—Bastante bien —respondió Colin. Forzó una leve sonrisa. No podía verle los ojos pues volvía a tenerlos escondidos tras sus gafas de espejo.

—Está un poco aturdido todavía pero se encuentra bien —dijo alegremente Larry, cogiendo del brazo a Colin.

—Veo doble —confesó Colin—. Quiero decir que esta cabaña me parece abarrotada de gente. Hay dos de cada uno de vosotros.

Jay y yo sonreímos sin ganas.

Larry acompañó a Colin hasta la litera baja en que había estado sentado Jay.

—Se pondrá bien dentro de un par de días —nos dijo Larry.

—Sí. Ya no me duele tanto la cabeza —dijo Colin, frotándose suavemente la nuca y tendiéndose luego encima de las mantas.

—¿Te ha visto un médico? —pregunté.

—Sólo tío Al —respondió Colin—. Me echó un vistazo y dijo que me pondré bien.

Dirigí una mirada recelosa a Larry, pero él nos volvió la espalda y se agachó para buscar algo en la bolsa que tenía debajo de la cama.

—¿Dónde está Mike? ¿Se encuentra bien? —preguntó Jay a Larry.

—Está perfectamente —respondió Larry sin volverse.

—¿Pero dónde se encuentra? —pregunté yo.

Larry se encogió de hombros.

—Supongo que seguirá en el pabellón. La verdad es que no lo sé.

—¿Pero va a volver? —insistí.

Larry empujó la bolsa debajo de su cama y se incorporó.

—¿Habéis terminado vuestras cartas? —preguntó—. Daos prisa y cambiaos de ropa para la cena. Podéis echar la cartas al correo en el pabellón. —Echó a andar hacia la puerta—. Ah, y no olvidéis que hoy es la Noche de las Tiendas. Esta noche vais a dormir en tienda de campaña.

Todos soltamos un gemido.

—Pero hace demasiado frío fuera, Larry —protestó Jay.

Larry hizo como si no le hubiera oído y nos dio la espalda.

—Eh, Larry, ¿tienes algo para ponerme en estas quemaduras del sol?

—No —respondió Larry, y salió por la puerta.

Jay y yo ayudamos a Colin a subir al pabellón. Seguía viendo doble y le dolía mucho la cabeza.

Nos sentamos los tres al extremo de la larga mesa que quedaba junto a la ventana. Una fuerte brisa soplaba sobre la mesa y refrescaba nuestra piel quemada por el sol.

Para cenar teníamos una especie de carne en salsa con patatas. No era gran cosa, pero yo estaba tan hambriento que no importaba. Colin no tenía mucho apetito. Apenas si picoteó los bordes de sus grisáceos trozos de carne.

En el comedor reinaba el mismo bullicio de siempre. Los chicos reían y daban gritos a sus amigos sentados ante las largas mesas.

En una de ellas había algunos que se entretenían en arrojarse colines unos a otros como si se tratara de jabalinas.

Los monitores, vestidos con sus ropas verdes y blancas, comían como de costumbre en una mesa del fondo sin ocuparse para nada de nosotros.

Circuló el rumor de que después de cenar íbamos a aprender todas las canciones del campamento. Todos manifestaron su falta de interés al enterarse.

Hacia la mitad de la cena, Jay y el chico que se sentaba enfrente de él, un tal Roger, empezaron a forcejear disputándose un colín. Jay consiguió cogerlo, pero en el forcejeo me volcó encima del pantalón todo su vaso de mosto.

—¡Eh! —Me puse en pie de un salto y contemplé lleno de rabia cómo la mancha oscura se extendía por la parte delantera del pantalón.

—¡Billy ha tenido un accidente! —exclamó Roger. Y todo el mundo se echó a reír.

—Sí. ¡Se ha meado en los pantalones! —añadió Jay.

Todos lo encontraban muy divertido. Alguien me tiró un colín, que rebotó en mi pecho y fue a caer en mi plato. Más risas.

El alboroto duró sólo unos minutos, hasta que dos monitores impusieron orden en el comedor. Yo decidí volver a la cabaña y cambiarme de pantalones. Mientras salía corriendo, oí que Jay y

Roger gastaban bromas a mi costa.

Bajé a toda velocidad por la colina en dirección a las cabañas. Quería regresar al comedor a tiempo para tomar el postre. Empujé con el hombro la puerta de la cabaña, crucé el pequeño recinto hasta el armario y abrí mi cajón.

—¿Qué?

Me quedé de piedra al ver que el cajón estaba completamente vacío.

—¿Qué pasa aquí? —exclamé en voz alta—. ¿Dónde están mis cosas?

Retrocedí un paso, totalmente sorprendido, y me di cuenta entonces de que me había equivocado de cajón. Aquel cajón no era el mío, era el de Mike. Me lo quedé mirando fijamente un rato. Toda la ropa de Mike había desaparecido. Me volví y busqué su mochila, que había quedado detrás de nuestras literas. También había desaparecido. Mike no volvería más.

Estaba tan trastornado que regresé corriendo al comedor, sin cambiarme de pantalones.

Me dirigí jadeando a la mesa de los monitores y me acerqué por detrás a Larry, que estaba hablando con el monitor sentado a su lado, un tipo gordo de pelo rubio y muy largo.

—¡Larry, Mike se ha ido! —exclamé, casi sin aliento.

Larry no se volvió. Continuó hablando con el otro monitor, como si yo no estuviera.

Agarré a Larry por el hombro.

—¡Escucha, Larry! —grité—. ¡Mike ha desaparecido!

Larry se volvió lentamente, con expresión de fastidio.

—Vuelve a tu mesa, Billy —me dijo con sequedad—. Esta mesa es sólo para los monitores.

—¿Pero qué hay de Mike? —insistí—. Sus cosas han desaparecido. ¿Qué le ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Larry, con tono de impaciencia.

—¿Lo han mandado a casa? —pregunté, negándome a marcharme hasta recibir alguna respuesta.

—Sí, es posible. —Larry se encogió de hombros y bajó la vista—. Se te ha caído algo en los pantalones.

El corazón me palpitaba con tal fuerza que sentía el latido de la sangre en las sienes.

—¿De verdad no sabes qué ha sido de Mike? —pregunté desanimado.

Larry meneó la cabeza.

—Estoy seguro de que se encuentra perfectamente —respondió, volviéndose de nuevo hacia sus compañeros.

—Puede que se haya ido al río a darse un baño —sugirió con una risita el tipo rubio sentado a su lado.

Larry y algunos monitores rieron también.

Yo no le veía la gracia. Me sentía lleno de preocupación y un poco asustado.

¿A los monitores de este campamento no les importa lo que pueda pasarnos?, me pregunté malhumorado.

Regresé a la mesa. Estaban repartiendo pudin de chocolate como postre, pero yo no tenía hambre.

Conté a Colin, Jay y Roger que habían desaparecido las cosas del cajón de Mike y que Larry hacía como si no supiera nada del asunto. El hecho no les preocupó tanto como a mí.

—Seguramente que tío Al ha mandado a Mike a casa por lo de la mano —dijo Colin sin inmutarse mientras cogía una cucharada de pudin—. La tenía bastante hinchada.

—¿Pero por qué no quería Larry decirme la verdad? —pregunté, sintiendo como si me hubiera tragado una piedra enorme para cenar—. ¿Por qué ha dicho que no sabía nada de Mike?

—A los monitores no les gusta hablar de cosas malas —dijo Jay, aplastando su pudin con la cuchara—. Podría darnos pesadillas a los pobrecitos niños. —Cogió una cucharada de pudin y se la arrojó a Roger a la cara.

—¡Me las vas a pagar! —exclamó Roger, hundiendo su cuchara en la masa de chocolate. Lanzó un trozo de pudin, que se estrelló contra la pechera de la camiseta de Jay.

Fue el principio de una batalla que se extendió a lo largo de toda la mesa, con trozos de pudin como munición. No se volvió a hablar más de Mike.

Después de cenar, tío Al nos habló de la Noche de las Tiendas y de lo bien que lo íbamos a pasar durmiendo en tienda de campaña.

—Lo importante es que guardéis silencio total para que los osos no puedan encontraros —bromeó. Menuda broma.

Luego, él y los monitores nos enseñaron las canciones del campamento.

Tío Al nos las hizo cantar una y otra vez hasta que las aprendimos.

Yo no tenía ganas de cantar, pero Jay y Roger empezaron a inventar letras picantes para las canciones y muy pronto fuimos varios los que nos pusimos a cantar a pleno pulmón nuestras propias versiones de las canciones.

Más tarde bajábamos todos en grupo por la colina en dirección a nuestras tiendas. Era una noche fría y despejada. Las estrellas brillaban débilmente en la negrura del cielo.

Ayudé a Colin a bajar por la colina. Seguía viendo doble y se sentía un poco débil. Jay y Roger iban unos pasos por delante de nosotros, empujándose con los hombros, primero a la izquierda y luego a la derecha.

De pronto, Jay se volvió hacia mí y Colin.

—Esta noche es la noche —susurró con una malévola sonrisa.

—¿Eh? ¿Qué noche es esta noche? —pregunté.

—Chist. —Se llevó un dedo a los labios—. Cuando todo el mundo esté dormido, Roger y yo iremos a explorar la Cabaña Prohibida. —Se volvió hacia Colin—. ¿Vendrás con nosotros?

Colin meneó tristemente la cabeza.

—No creo que pueda, Jay.

Jay, que iba delante de nosotros, me miró fijamente a los ojos.

—¿Y tú, Billy? ¿Vendrás?

10

—Yo… creo que me quedaré con Colín —respondí.

Oí murmurar a Roger que yo era un gallina. Jay parecía decepcionado.

—Te lo vas a perder —dijo.

—No me importa. Estoy cansado —respondí. Era cierto. Me sentía terriblemente fatigado después de aquel largo día, tanto que me dolían los músculos. ¡Hasta el pelo me dolía!

Durante todo el camino hasta la tienda, Jay y Roger fueron hablando en susurros, trazando planes.

Me detuve al pie de la colina y levanté la vista hacia la Cabaña Prohibida. Parecía inclinarse hacia mí a la pálida luz de las estrellas. Agucé el oído en espera de escuchar los familiares aullidos que parecían proceder de su interior, pero aquella noche reinaba un profundo silencio.

Las grandes tiendas de plástico se hallaban alineadas en la zona de cabañas. Yo me introduje en la nuestra y me tendí sobre mi saco de dormir. El suelo era realmente duro. Enseguida me di cuenta de que iba a ser una noche larga.

Jay y Colin estaban al fondo de la tienda, ocupados con sus sacos de dormir.

—Se hace raro que no esté aquí Mike —dije, sintiendo un repentino escalofrío.

—Ahora tendrás más sitio para dejar tus cosas —respondió Jay con tono indiferente. Se hallaba sentado de espaldas a la pared de la tienda, con expresión tensa y los ojos fijos en la oscuridad que se

extendía más allá de la puerta, entreabierta unos centímetros.

No se veía a Larry por ninguna parte. Colin se mantenía quieto y en silencio. Aún no se sentía bien.

Yo me di la vuelta y me estiré, tratando de encontrar una postura cómoda. Estaba deseando dormir pero sabía que no podría conciliar el sueño hasta que Jay y Roger regresaran de su aventura.

El tiempo transcurría lentamente. Fuera de la tienda hacía frío, y dentro el aire era pesado y húmedo.

Levanté la vista hacia las oscuras paredes de plástico de la tienda. Un insecto se deslizó sobre mi frente y lo aplasté de un manotazo.

Oía a Jay y Colin cuchichear detrás de mí, pero no podía entender lo que decían. Jay rió nerviosamente.

Debí de quedarme amodorrado. Me despertó un reiterado cuchicheo. Enseguida me di cuenta de que había alguien hablando en voz baja fuera de la tienda.

Levanté la cabeza y vi la cara de Roger, que atisbaba el interior.

—Deséanos suerte —susurró Jay.

—Buena suerte —respondí también en susurros, con voz velada por el sueño.

En la oscuridad, vi la negra forma de Jay que se deslizaba rápidamente hacia la puerta de la tienda. La abrió, revelando un cuadrado de cielo púrpura, y desapareció en las tinieblas.

Me estremecí.

—Volvamos a la cabaña —le susurré a Colin—. Aquí hace demasiado frío, y el suelo parece de roca viva.

Colin asintió. Salimos sigilosamente de la tienda y nos dirigimos en silencio hasta nuestra cálida y acogedora cabaña. Una vez dentro nos acercamos a la ventana para intentar ver a Jay y Roger.

—Los van a coger —murmuré—. Estoy seguro.

—No creo —replicó Colin—. Pero de todos modos tampoco van a ver nada. No hay nada que ver allí arriba. No es más que una estúpida cabaña.

Al asomar la cabeza por la ventana oí las apagadas risitas de Jay y Roger en la oscuridad. El silencio en el campamento era tan intenso, tan fantasmalmente intenso, que podía oír sus susurros y el roce de sus piernas contra las altas hierbas.

—Más les valdría callarse —murmuró Colin, apoyándose contra el marco de la ventana—. Están haciendo demasiado ruido.

—Ya deben de estar subiendo la colina —murmuré. Saqué la cabeza todo lo que pude pero no conseguí verlos.

Colin empezó a contestar, pero un alarido de horror desgarró el aire silencioso y le hizo detenerse.

—¡Oh! —exclamé, y metí la cabeza.

—¿Era Jay o Roger? —preguntó Colin con voz temblorosa.

El segundo alarido aún fue más aterrador que el primero. Antes de que se extinguiera, oí unos gruñidos animales, sonoros y feroces como truenos.

Luego oí la desesperada súplica de Jay:

—¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude, por favor!

Con el corazón martilleándome el pecho, me dirigí a la puerta y la abrí. Seguían resonando en mis oídos los horribles alaridos y me zambullí en la oscuridad, sintiendo en mis pies descalzos la humedad del suelo cubierto de rocío.

—Jay, ¿dónde estás? —Me oí gritar, pero no reconocía mi voz estridente y asustada.

entonces vi una forma oscura que corría hacia mí, encorvada y con los brazos extendidos.

—¡Jay! —exclamé—. ¿Qué ha pasado?

Corrió hacia mí, inclinado todavía hacia delante, con el rostro contorsionado de horror y los ojos desencajados. Tenía los pelos de punta.

—Ha… ha cogido a Roger —dijo jadeando mientras trataba de enderezarse.

—¿Qué le ha hecho? —pregunté.

—¿Qué era? —preguntó Colin a mi espalda.

—No… no lo sé —tartamudeó Jay, cerrando fuertemente los ojos—. Ha… ha despedazado a Roger.

Jay lanzó un sonoro sollozo. Luego abrió los ojos y se volvió, aterrorizado.

—¡Ahí viene! —chilló—. ¡Ahora viene a por nosotros!

11

A la débil luz de las estrellas vi cómo a Jay se le ponían los ojos en blanco. Se le doblaron las rodillas y empezó a desplomarse. Le agarré antes de que cayera al suelo y lo arrastré al interior de la cabaña. Colin cerró de golpe la puerta a nuestra espalda.

Una vez dentro, Jay se recuperó lentamente. Los tres permanecimos inmóviles y aguzamos el oído. Yo me encontraba todavía sosteniendo a Jay por los hombros. El pobre estaba tan blanco como el papel y respiraba con breves y aterrorizados gemidos.

Escuchamos. Silencio. El aire permanecía cálido e inmóvil. No se movía nada. Ninguna pisada. Ningún animal aproximándose. Sólo los aterrorizados gemidos de Jay y el golpeteo de mi corazón.

entonces oí un aullido desde algún lugar lejano, suave y bajo al principio y luego, en alas del viento, un aullido que me heló la sangre y me hizo gritar:

—¡Es Sabré!

—¡No dejéis que me coja! —gritó Jay, tapándose la cara con las manos y cayendo de rodillas sobre el suelo de la cabaña—. ¡No dejéis que me coja!

Levanté los ojos hacia Colin, que estaba acurrucado contra la pared, apartado de la ventana.

—Tenemos que encontrar a Larry —conseguí decir, con voz estrangulada—. Necesitamos ayuda.

—¿Pero cómo? —preguntó Colin con voz temblorosa.

—¡No dejéis que me coja! —repitió Jay, derrumbado en el suelo.

—No va a venir aquí —le dije, tratando de dar un acento de firmeza a mi voz, intentando calmarle—. Estamos perfectamente dentro de la cabaña, Jay. Aquí no vendrá.

—Pero cogió a Roger y… —empezó Jay. Un estremecimiento de terror le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

Al pensar en Roger sentí en el pecho una punzada de miedo.

¿Era verdad? ¿Era verdad que Roger había sido atacado por alguna criatura, que había sido despedazado?

Yo había oído los alaridos procedentes de la ladera de la colina, dos alaridos escalofriantes. Habían sonado con espantosa estridencia en el silencio de la noche. ¿No los había oído también todo el mundo en el campamento? ¿No habían oído los demás chicos los gritos de Roger? ¿No los había oído ninguno de los monitores?

Permanecí inmóvil y agucé el oído. Silencio. Sólo el susurro de la brisa entre las hojas de los árboles. Ninguna voz. Ningún grito de alarma. Ningún paso presuroso.

Me volví hacia los otros. Colin había ayudado a Jay a echarse en la litera.

—¿Dónde puede estar Larry? —preguntó Colin. Sus ojos, por una vez libres de las gafas de espejo, mostraban auténtico miedo.

—¿Dónde estará todo el mundo? —pregunté yo, cruzando los brazos sobre el pecho y poniéndome a pasear de un lado a otro por el pequeño espacio que había entre las literas—. Ahí fuera no se oye ni un ruido.

Vi que Jay abría desmesuradamente los ojos con una expresión de terror indescriptible. Estaba mirando a la ventana abierta.

—¡La criatura…! —gritó—. ¡Viene aquí! ¡Está entrando por la ventana!

12

Nos quedamos horrorizados, mirando hacia la ventana, pero no entró por ella ninguna criatura.

Mientras miraba, petrificado en el centro de la cabaña, sólo pude ver oscuridad y una franja de pálidas estrellas.

Fuera, entre los árboles, comenzaron a cantar los grillos. No se oía otro sonido.

El pobre Jay estaba tan asustado que veía visiones. Colin y yo conseguimos tranquilizarlo. Logramos que se quitara las zapatillas y se acostara en la litera inferior. Entonces le tapamos con tres mantas para que dejara de temblar.

Colin y yo queríamos ir en busca de ayuda pero estábamos demasiado asustados para salir. Los tres nos pasamos toda la noche despiertos, pero Larry no apareció en ningún momento.

Sólo el canto de los grillos y el susurro del viento entre los árboles rompían el silencio absoluto que reinaba en el campamento.

Creo que finalmente me quedé dormido, antes del amanecer. Tuve extrañas pesadillas sobre incendios y personas que intentaban huir. Me despertó Colin, sacudiéndome con fuerza.

—El desayuno —dijo con voz ronca—. Date prisa, es tarde.

Me incorporé, aturdido.

—¿Dónde está Larry?

—No ha venido —respondió Colin, señalando la cama sin deshacer de Larry.

—¡Tenemos que encontrarle! ¡Tenemos que contarle lo que ha pasado! —exclamó Jay, precipitándose hacia la puerta de la cabaña

con las zapatillas desatadas.

Colin y yo lo seguimos, medio dormidos todavía. Era una mañana gris y bastante fría. El sol intentaba abrirse paso a través de las altas nubes blancas.

Nos detuvimos los tres hacia la mitad del camino que llevaba al comedor. No sin aprensión, exploramos con la vista el terreno que rodeaba la Cabaña Prohibida.

No sé qué esperaba ver, pero lo cierto es que no había ni rastro de Roger.

Tampoco se veía señal alguna de lucha, ni sangre seca en el suelo. Las altas hierbas no estaban dobladas ni aplastadas.

—Extraño —oí murmurar a Jay, meneando la cabeza—. Muy extraño.

Le estiré del brazo para que se moviera, y el resto del trayecto hasta el pabellón lo hicimos corriendo.

En el comedor reinaba el mismo bullicio de siempre. Los chicos reían y hablaban a voces. Todo parecía perfectamente normal. Supuse que nadie había dicho nada de Roger todavía.

Algunos chicos nos llamaron a Colin y a mí, pero no les hicimos caso y empezamos a buscar a Roger, caminando rápidamente por los pasillos que quedaban entre las mesas. Ni rastro de él. Experimenté una opresiva sensación de náusea en el estómago mientras nos dirigíamos corriendo hacia la mesa de los monitores, en el rincón.

Larry levantó la vista de un gran plato de huevos revueltos con beicon y nos vio avanzar hacia él.

—¿Qué le ha pasado a Roger?

—¿Se encuentra bien?

—¿Dónde has estado esta noche?

—Roger y yo fuimos atacados.

—No nos atrevíamos a salir a buscarte.

Sometimos a Larry a un auténtico bombardeo de preguntas. Él, con expresión de total desconcierto, levantó las manos para imponernos silencio.

—Tranquilos, muchachos. Sentaos un momento. ¿Se puede saber de qué estáis hablando?

—¡De Roger! —gritó Jay, con el rostro congestionado—. La

criatura… saltó sobre él. Y… y…

Larry miró a los otros monitores sentados a la mesa, que parecían tan desconcertados como él.

—¿Criatura? ¿Qué criatura? —le preguntó Larry.

—¡Atacó a Roger! —gritó Jay—. Venía a por mí y entonces…

Larry miró fijamente a Jay.

—¿Alguien fue atacado? No creo, Jay. —Se volvió hacia el monitor que tenía al lado, un tipo regordete llamado Derek—. ¿Has oído tú algo en tu zona?

Derek negó con la cabeza.

—¿No está Roger en tu grupo? —le preguntó Larry.

Derek volvió a negar con la cabeza.

—No, no está en mi grupo.

—Pero Roger… —insistió Jay.

—No hemos oído nada de ningún ataque —le interrumpió Larry —. Si un campista fuese atacado por un oso o por lo que fuera nos enteraríamos enseguida.

—Y oiríamos gritos o ruidos —apuntó Derek.

—Yo oí gritos —puntualicé.

—Los dos oímos gritos —añadió rápidamente Colin—. Y Jay volvió corriendo para pedir socorro.

—Bueno, ¿y por qué no lo oyó nadie más? —preguntó Larry, volviéndose a mirar a Jay. Su expresión había cambiado—. ¿Dónde ocurrió eso? ¿Cuándo? —preguntó con suspicacia.

El congestionado rostro de Jay enrojeció más aún.

—Después de apagarse las luces —admitió—. Roger y yo subimos a la Cabaña Prohibida y…

—¿Estás seguro de que no era un oso? —le interrumpió Derek—. Ayer por la tarde se detectó la presencia de varios osos río abajo.

—¡Era una criatura! —exclamó Jay con enfado.

—No hubierais debido salir —dijo Larry, meneando la cabeza.

—¿Por qué no queréis escucharme? —gritó Jay—. Roger fue atacado. Aquella cosa enorme saltó sobre él y…

—Habríamos oído algo —dijo tranquilamente Derek, mirando a Larry.

—Sí —convino Larry—. Todos los monitores estábamos en el pabellón. Habríamos oído algún grito.

—¡Tienes que comprobarlo, Larry! —exclamé—. Jay no se lo está inventando. ¡Ocurrió de verdad!

—Está bien, está bien —respondió Larry, levantando las manos como si se rindiese—. Preguntaré a tío Al, a ver si sabe algo, ¿de acuerdo?

—¡Deprisa! —insistió Jay—. Por favor.

—Hablaré con él después del desayuno —replicó Larry, volviéndose de nuevo hacia su plato de huevos con beicon—. Os veré luego en el río, durante el baño, y os comunicaré lo que haya dicho tío Al.

—Pero, Larry… —suplicó Jay.

—Le preguntaré a tío Al —dijo Larry con firmeza—. Si esta noche ha pasado algo, él lo sabrá. —Se llevó a la boca una loncha de beicon y la masticó—. Creo que habéis tenido alguna pesadilla o algo por el estilo —continuó luego, mirando con recelo a Jay—. Pero os informaré de lo que me diga tío Al.

—¡No fue una pesadilla! —gritó Jay con voz estridente. Larry nos volvió la espalda y continuó con su desayuno—. ¿No te importa? —le increpó Jay—. ¿No te importa lo que nos pase a nosotros?

Muchos chicos habían interrumpido su desayuno y nos estaban mirando, con la boca abierta. Yo agarré a Jay del brazo e intenté llevármelo a nuestra mesa, pero él insistió en buscar de nuevo por todo el comedor.

—Sé que Roger no está aquí —volvió a insistir—. ¡No puede estar!

Recorrimos por segunda vez los pasillos entre las mesas, escrutando detenidamente todas las caras.

Una cosa era segura: no se veía a Roger por ninguna parte.

Los ardientes rayos del sol atravesaron las nubes en el momento mismo en que llegábamos a la orilla del río para darnos el baño matutino. El aire aún era frío. La humedad que cubría los gruesos y frondosos arbustos de la orilla relucía bajo la brillante luz del sol.

Dejé mi toalla bajo un arbusto y me volví hacia las verdes aguas del río, que fluía suavemente.

—Seguro que esta mañana está fría —dije a Colin, que se estaba atando el cordón del bañador.

—Yo lo único que quiero es volver a la cabaña para echarme a dormir —dijo Colin, apretando un nudo. Ya no veía doble, pero estaba cansado después de no haber pegado ojo en toda la noche.

Algunos chicos que ya estaban chapoteando en el agua se quejaban de lo fría que estaba y se salpicaban y empujaban unos a otros.

—¿Dónde está Larry? —preguntó Jay, abriéndose paso por entre el bosquecillo de arbustos para llegar hasta nosotros. Tenía el pelo revuelto y los ojos ribeteados de rojo e inyectados en sangre—. ¿Dónde está Larry? Prometió que estaría aquí —exclamó furioso, escrutando la orilla.

—Aquí estoy.

Nos volvimos los tres en el instante en que Larry aparecía por entre los arbustos, a nuestra espalda. Llevaba los característicos bañadores anchos y verdes del Campamento Pesadilla.

—Bueno, ¿qué ha dicho tío Al? —preguntó Jay.

Larry tenía una expresión seria. Clavó los ojos en los de Jay.

—Tío Al y yo hemos recorrido los alrededores de la Cabaña Prohibida —dijo a Jay—. Allí no se ha producido ningún ataque. Imposible.

—¡Pero cogió a Roger! —gritó Jay con voz estridente—. ¡Lo despedazó! ¡Yo lo vi!

Larry meneó la cabeza, sin apartar los ojos de los de Jay.

—Ésa es otra —añadió suavemente—. Tío Al y yo hemos subido a la oficina y hemos revisado los libros, y este año no hay aquí ningún campista que se llame Roger. Ni de nombre de pila ni de apodo. Ningún Roger. Absolutamente ninguno.

13

Jay abrió la boca y lanzó una entrecortada exclamación. Los tres nos quedamos mirando con incredulidad a Larry, dejando que la sorprendente noticia se grabara en nuestra mente.

—Alguien ha cometido un error —dijo finalmente Jay, con voz temblorosa por la emoción—. Le hemos buscado por todo el comedor, Larry, y ha desaparecido. Roger no está aquí.

—Nunca ha estado aquí —replicó Larry con tono indiferente.

—¡No lo creo! —exclamó Jay.

—¿Qué tal si nos damos un baño, muchachos? —sugirió Larry, señalando con la mano hacia el agua.

—Bueno, ¿tú qué piensas? —pregunté a Larry. No podía creer que aquel asunto le dejara tan indiferente—. ¿Qué crees que ocurrió anoche?

Larry se encogió de hombros.

—No sé qué pensar —respondió, mirando a un grupo de nadadores congregados a cierta distancia de la orilla—. Quizás estáis intentando gastarme una broma.

—¿Qué? ¿De verdad piensas que todo esto es una broma? —preguntó Jay con tono enojado.

Larry volvió a encogerse de hombros.

—A nadar, chicos. Hay que hacer ejercicio.

Jay empezó a decir algo, pero Larry se volvió rápidamente y se metió corriendo en el agua. Se adentró cuatro o cinco pasos y se zambulló luego, dando largas y firmes brazadas.

—Yo no me voy a bañar —dijo Jay muy enfadado—. Me vuelvo

a la cabaña. —Tenía la cara roja y le temblaba la barbilla. Me di cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Se volvió y empezó a correr entre los arbustos, arrastrando la toalla por el suelo.

—¡Eh, espera! —exclamó Colin, echando a correr tras él.

Yo me quedé donde estaba, sin saber qué hacer. No quería seguir a Jay hasta la cabaña. No podía hacer nada por ayudarle.

Quizás un baño en el agua fría me haga sentirme mejor, pensé. Quizá nada me haga sentirme mejor, me dije sombríamente.

Miré a los que ya se encontraban en el agua. Larry y otro monitor estaban organizando una carrera. Les oía discutir sobre el mejor modo de nadar.

Parece que todos se lo están pasando en grande, pensé, viendo cómo formaban en línea. ¿Y yo por qué no? ¿Por qué me he sentido tan desdichado desde que llegué aquí?

¿Por qué los demás campistas no ven lo siniestro y aterrador que es este lugar?

Meneé la cabeza, incapaz de encontrar una respuesta a mis preguntas.

Necesito darme un baño, decidí.

Avancé un paso hacia el agua pero alguien alargó una mano de entre los arbustos y me agarró fuertemente por detrás. Empecé a lanzar un grito de protesta, pero mi atacante me tapó rápidamente la boca con la mano para imponerme silencio.

14

Traté de soltarme, pero aquello me había pillado desprevenido.

Las manos tiraron de mí. Perdí el equilibrio y fui a caer sobre los arbustos.

¿Es una broma? ¿Qué está pasando?, me pregunté.

De pronto, mientras trataba de liberarme, las manos me soltaron. Salí despedido y aterricé de cabeza sobre un montón de gruesas hojas verdes. Tardé unos momentos en rehacerme. Luego giré en redondo para enfrentarme a mi atacante.

—¡Dawn! —grité.

—¡Chist! —Dio un salto hacia delante y volvió a taparme la boca con la mano—. Agáchate —me apremió en un susurro—. Te van a ver.

Me oculté obediente tras los arbustos. Ella volvió a soltarme y retrocedió. Llevaba un traje de baño azul de una pieza, mojado. Sus cabellos rubios también estaban mojados y le goteaban sobre los hombros desnudos.

—Dawn, ¿qué haces aquí? —susurré, incorporándome a medias sobre las rodillas.

Antes de que Dawn pudiera responder, otra figura en traje de baño se adelantó rápidamente, agachada entre los arbustos. Era Dori, la amiga de Dawn.

—Hemos venido nadando esta mañana a primera hora —cuchicheó Dori, tirándose nerviosamente del pelo—. Hemos estado esperando aquí, entre los arbustos.

—Pero está prohibido —dije yo, sin poder disimular mi

desconcierto—. Si os cogen…

—Teníamos que hablar contigo —me interrumpió Dawn, levantando la cabeza para atisbar por encima de la vegetación y volviendo a agacharse enseguida.

—Hemos decidido correr el riesgo —añadió Dori.

—¿Qué… qué es lo que pasa? —tartamudeé. Un insecto rojo y negro se posó en mi hombro. Me lo quité de encima de un manotazo.

—El campamento de las chicas es una pesadilla —susurró Dori.

—Todo el mundo lo llama Campamento Pesadilla —agregó Dawn—. Han sucedido cosas muy extrañas.

—¿Qué? —La miré boquiabierto. En el agua, no lejos de nosotros, podía oír los gritos y chapoteos de los chicos que participaban en la carrera. ¿Qué clase de cosas extrañas?

—Cosas horribles —respondió Dori con expresión solemne.

—Han desaparecido chicas —explicó Dawn—. Se han esfumado sin dejar rastro.

—Y a nadie parece importarle —añadió Dori en un susurro tembloroso.

—¡No puedo creerlo! —exclamé—. Aquí, en el campamento de los chicos, ha sucedido lo mismo. —Tragué saliva—. *¿Os* acordáis de Mike?

Las dos chicas asintieron con la cabeza.

—Mike ha desaparecido —les dije—. Retiraron sus cosas y, simplemente, desapareció.

—Es increíble —señaló Dori—. De nuestro campamento han desaparecido tres chicas.

—Dijeron que una fue atacada por un oso —murmuró Dawn.

—¿Y las otras dos? —pregunté.

—Desaparecidas —respondió Dawn con voz estrangulada.

Oí unos silbidos en el agua. Había terminado la carrera y estaban organizando otra.

Volvió a ocultarse el sol tras una masa de altas nubes blancas. Las sombras se alargaron y se tomaron más oscuras.

Les conté rápidamente lo de Roger y Jay, y el ataque que se había producido en la Cabaña Prohibida. Escucharon boquiabiertas y en silencio.

—Igual que en nuestro campamento —observó Dawn.

—Tenemos que hacer algo —dijo Dori con exaltación.

—Tenemos que reunimos. Los chicos y las chicas —susurró Dawn, mirando de nuevo por encima de las hojas—. Tenemos que trazar un plan.

—¿Escaparnos, quieres decir? —pregunté, sin comprender realmente.

Las dos chicas asintieron con la cabeza.

—No podemos quedarnos aquí —declaró gravemente Dawn—. Cada día desaparece otra chica, y las monitoras se comportan como si no pasara nada.

—Yo creo que quieren que nos maten —añadió Dori con voz agitada.

—¿Habéis escrito a vuestros padres? —pregunté.

—Les escribimos todos los días —respondió Dori—, pero aún no hemos recibido noticias de ellos.

De pronto caí en la cuenta de que tampoco yo había recibido ninguna carta de mis padres. Habían prometido escribirme todos los días, pero ya llevaba casi una semana en el campamento y aún no había recibido ni una sola carta.

—La semana que viene es el Día de los Visitantes —dije—. Nuestros padres estarán aquí. Entonces se lo podremos contar todo.

—Quizá sea demasiado tarde —indicó sombríamente Dawn.

—Todo el mundo está asustado —declaró Dori—. Yo llevo dos noches sin dormir. Todas las noches oigo esos horribles gritos fuera de la cabaña.

Sonó otro silbato, más cerca de la orilla. Oí cómo regresaban los bañistas. Estaba terminando el baño matutino.

—Yo… no sé qué decir —exclamé—. Debéis tener cuidado, que no os cojan.

—Volveremos nadando al campamento de las chicas cuando ya se haya ido todo el mundo —explicó Dawn—. Pero tenemos que volver a reunimos, Billy. Tenemos que conseguir la ayuda de más chicos. Quizá si nos organizamos todos… —dejó la frase en el aire.

—En este campamento ocurre algo malo —dijo Dori con un estremecimiento, al tiempo que entornaba los ojos—. Algo maligno.

—Desde luego —asentí. Oía ya las voces de los chicos, muy

cerca, junto al otro lado de los frondosos arbustos—. Tengo que irme.

—Pasado mañana procuraremos reunimos de nuevo aquí —susurró Dawn—. Cuídate, Billy.

—Cuidaos vosotras —susurré—. No dejéis que os cojan.

Se alejaron silenciosamente, internándose en la espesura. Yo también me alejé de la orilla, agazapado. Cuando hube pasado el bosquecillo de arbustos, me enderecé y eché a correr. Estaba ansioso por contarles a Colin y Jay lo que habían dicho las chicas.

Me sentía asustado y excitado al mismo tiempo. Pensaba que quizás a Jay le conviniera saber que al otro lado del río, en el campamento de las chicas, estaban sucediendo las mismas cosas horribles.

Cuando había recorrido ya la mitad de la distancia que me separaba de las cabañas, se me ocurrió una idea. Me detuve y eché a andar en dirección al pabellón. De pronto recordé que había un teléfono de monedas a un lado del edificio. Alguien me había dicho que aquél era el único teléfono que se nos permitía usar a los campistas.

Llamaré a papá y a mamá, decidí. ¿Por qué no había pensado antes en ello?

Llamaría a mis padres y se lo contaría todo. Les pediría que vinieran a recogerme, y que recogieran también a Jay, Colin, Dawn y Dori.

Al mirar hacia atrás vi que mi grupo se dirigía hacia el campo de pichi, con las toallas echadas sobre los hombros. Me pregunté si alguno habría advertido mi ausencia. Jay y Colin también faltaban, así que Larry y los otros seguramente pensarían que yo estaba con ellos.

Los vi cruzar en tropel por entre las altas hierbas en grupos de dos o tres. Luego me volví y empecé a subir la colina en dirección al pabellón.

La idea de llamar a casa me había levantado el ánimo. Estaba ansioso por oír la voz de mis padres, ansioso por contarles las extrañas cosas que estaban sucediendo allí. ¿Me creerían? Claro que sí. Mis padres siempre me creían, porque confiaban en mí.

Mientras subía a toda prisa por la colina divisé el negro aparato

telefónico en la blanca pared del pabellón. Apreté el paso. Quería volar hasta el teléfono.

Espero que papá y mamá estén en casa, pensé. Tienen que estar en casa.

Jadeaba fuertemente cuando llegué a la pared. Apoyé las manos en las rodillas y permanecí unos instantes inclinado, tratando de recobrar el aliento.

Luego, cuando levanté la mano para descolgar el auricular, contuve una exclamación de sorpresa. El teléfono era de plástico. Una imitación. Era sólo una fina lámina de plástico moldeado sujeta a la pared con un clavo, de modo que pareciese un teléfono. No era real. Era una falsificación.

No quieren que llamemos al exterior, pensé con un súbito escalofrío.

Con el corazón latiéndome violentamente en el pecho y la cabeza dándome vueltas, me volví y me di de narices con tío Al.

15

—Billy, ¿qué haces aquí arriba? —preguntó tío Al. Llevaba pantalones cortos verdes de campamento y una camiseta blanca sin mangas que dejaba al descubierto sus brazos gruesos y sonrosados. Sostenía en la mano una tablilla llena de papeles—. ¿Dónde tenías que estar?

—Es que… es que quería hacer una llamada telefónica —tartamudeé, retrocediendo un paso—. Quería llamar a mis padres.

Me miró con suspicacia y se acarició con un dedo el amarillento bigote.

—¿De veras?

—Sí. Sólo para saludarles —le dije—. Pero el teléfono…

Tío Al siguió mi mirada hasta el teléfono de plástico y rió entre dientes.

—Alguien puso eso ahí para gastar una broma —dijo, dirigiéndome una sonrisa—. ¿Has picado?

—Sí —admití, poniéndome colorado. Levanté los ojos hacia los suyos—. ¿Dónde está el teléfono de verdad?

Se desvaneció su sonrisa, y su rostro adquirió una expresión seria.

—No hay teléfono —replicó con sequedad—. A los campistas no les está permitido llamar al exterior. Es la norma, Billy.

—Oh. —No sabía qué decir.

—¿Tienes añoranza? —me preguntó con voz suave.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, pues escríbeles una larga carta —dijo—. Eso hará que

te sientas mucho mejor.

—De acuerdo —respondí. No creía que eso me hiciera sentirme mejor, pero quería alejarme de tío Al.

Él levantó su tablilla y examinó los papeles.

—¿Dónde tenías que estar ahora? —preguntó.

—Jugando al pichi, creo —respondí—. No me encontraba muy bien, así que…

—¿Y cuándo es tu excursión en canoa? —preguntó sin escucharme. Fue pasando las hojas de papel que llevaba sujetas a la tablilla, examinándolas rápidamente.

—¿Excursión en canoa? —Yo no había oído nada sobre ninguna excursión en canoa.

—Mañana —dijo, respondiendo a su propia pregunta—. Tu grupo va mañana. ¿Te hace ilusión? —Bajó sus ojos hacia los míos.

—Yo…, la verdad es que no me había enterado —confesé.

—¡Es una gozada! —exclamó con entusiasmo—. Aquí el río no parece gran cosa, pero unos kilómetros más abajo se pone emocionante. Te verás metido en unos rápidos estupendos.

Me apretó brevemente el hombro.

—Te gustará —dijo sonriendo—. Todo el mundo disfruta una barbaridad con la excursión en canoa.

—Estupendo —dije. Intenté parecer un poco entusiasmado, pero la voz me salió monótona e insegura.

Tío Al agitó la tablilla con un gesto de despedida y se alejó a grandes zancadas, dando la vuelta al pabellón. Me lo quedé mirando hasta que desapareció por la esquina del edificio. Después comencé a bajar la colina en dirección a la cabaña.

Encontré a Colin y Jay en la hierba. Colin se había quitado la camisa y estaba tumbado de espaldas, con las manos debajo de la cabeza. Jay se hallaba sentado a su lado, con las piernas cruzadas, arrancando nerviosamente finos manojos de hierba y tirándolos luego.

—Vamos adentro —les dije, mirando en derredor para cerciorarme de que nadie podía oírnos.

Me siguieron al interior de la cabaña. Cerré la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Colin, dejándose caer en una de las literas inferiores. Cogió su pañuelo rojo y lo retorció entre las

manos.

Les conté mi encuentro con Dawn y Dori y lo que me habían dicho sobre el campamento de las chicas. Colin y Jay reaccionaron con sorpresa.

—¿Realmente vinieron nadando hasta aquí y te esperaron? —preguntó Jay.

Asentí con la cabeza.

—Ellas piensan que nos tenemos que organizar para escaparnos o hacer algo —dije.

—Podrían meterse en un buen lío si las cogen —dijo Jay pensativo.

—Todos estamos metidos en un buen lío —repliqué—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—La semana que viene es el Día de los Visitantes —murmuró Colin.

—Ahora mismo voy a escribir a mis padres —dije, sacando de debajo de mi litera la caja en la que guardaba papel y bolígrafos—. Les voy a decir que tengo que irme a casa el Día de los Visitantes.

—Me parece que yo también me iré —apuntó Jay, tamborileando nerviosamente con los dedos en el borde de la litera.

—Y yo —añadió Colin—. Este sitio es demasiado…, no sé…, extraño.

Saqué un par de hojas de papel y me senté en la cama para escribir.

—Dawn y Dori estaban realmente asustadas —les dije.

—Yo también estoy asustado —confesó Jay.

Empecé a escribir mi carta. Escribí: «Queridos papá y mamá, ¡SOCORRO!» y me detuve. Levanté los ojos y miré a Jay y Colin.

—¿Sabéis vosotros lo de la excursión en canoa de mañana? —pregunté.

Se me quedaron mirando, sorprendidos.

—¡Jo! —exclamó Colin—. ¿Una marcha de cinco kilómetros esta tarde y una excursión en canoa mañana?

Esta vez fui yo el sorprendido.

—¿Marcha? ¿Qué marcha?

—¿Tú no vienes? —preguntó Jay.

—¿Conoces a Frank, ese monitor tan alto que lleva una gorra

amarilla? —preguntó Colin—. Pues él nos ha dicho a Jay y a mí que después de comer haremos una marcha de cinco kilómetros.

—Nadie me ha dicho nada —respondí, mordisqueando el extremo del bolígrafo.

—A lo mejor es que tú no estás en el grupo de la marcha —dijo Jay.

—Será mejor que se lo preguntes a Frank durante la comida —sugirió Colin—. Quizá tú también tienes que venir pero no te encontró para decírtelo.

Lancé un gemido.

—¿Quién quiere hacer una marcha de cinco kilómetros con este calor?

Colin y Jay se encogieron de hombros.

—Frank dijo que nos gustaría —aseguró Colin, anudando y desanudando el pañuelo rojo.

—Yo lo único que quiero es largarme de aquí —declaré, volviendo a mi carta.

Escribía con rapidez, intensamente. Quería contarles a mis padres todas las cosas extrañas y aterradoras que habían sucedido. Quería que comprendieran por qué no podía quedarme en el campamento.

Había escrito casi una página y media y me disponía a relatar lo sucedido cuando Jay y Roger fueron a explorar la Cabaña Prohibida, y en eso que de pronto entró Larry.

—¿Os estáis tomando el día libre? —preguntó, pasando la vista de uno a otro.

—Sólo estamos pasando el rato —respondió Jay.

Yo doblé la carta y empecé a meterla debajo de la almohada. No quería que Larry la viese. Me di cuenta de que no confiaba en absoluto en Larry. No tenía ninguna razón para confiar en él.

—¿Tú qué estás haciendo, Billy? —preguntó con suspicacia, al tiempo que posaba la vista en la carta que yo estaba metiendo debajo de la almohada.

—Estoy escribiendo a casa —respondí en voz baja.

—¿Tienes morriña, o qué? —preguntó sonriendo.

—Tal vez —murmuré.

—Bueno, ya es la hora de comer, muchachos —anunció—.

Vamos a darnos prisa.

Saltamos todos de nuestras literas.

—He oído que esta tarde Jay y Colin van a salir de marcha con Frank —dijo Larry—. Chicos con suerte. —Se volvió y se dirigió hacia la puerta.

—¡Larry! —le llamé—. Eh, Larry, ¿y yo? ¿Yo también tengo que ir de marcha?

—Hoy no —respondió.

—¿Por qué no? —pregunté, pero Larry ya había desaparecido por la puerta.

Me volví hacia mis dos compañeros de cabaña.

—¡Chicos con suerte! —me burlé.

Los dos soltaron un gruñido a modo de respuesta. A continuación nos encaminamos hacia la colina para la comida.

Había pizza, que suele ser el plato que a mí más me gusta, pero la pizza estaba fría y sabía a cartón, y el queso se me quedaba pegado al paladar.

La verdad era que no tenía hambre. No dejaba de pensar en Dawn y Dori, en lo asustadas y desesperadas que estaban. Me pregunté cuándo las volvería a ver. Me pregunté si volverían a cruzar a nado el río y a esconderse en el campamento de los chicos antes del Día de los Visitantes.

Después de comer, Frank se acercó a nuestra mesa para recoger a Jay y Colin. Le pregunté si yo también tenía que ir.

—Tú no estabas en la lista, Billy —respondió, rascándose una picadura de mosquito que tenía en el cuello—. Sólo puedo llevar dos al mismo tiempo, el camino es un poco peligroso.

—¿Peligroso? —exclamó Jay, levantándose de la mesa.

Frank le dirigió una sonrisa.

—Tú eres un tipo fuerte —le dijo—. Lo harás bien.

Me quedé mirando cómo Frank salía del comedor, seguido por Colin y Jay. Ahora nuestra mesa estaba vacía; sólo quedaban dos chicos rubios que echaban un pulso en el extremo, cerca de la pared.

Aparté mi bandeja y me levanté. Quería volver a la cabaña para terminar de escribir la carta a mis padres. Pero cuando había dado unos pasos en dirección a la puerta sentí que una mano se posaba

en mi hombro.

Me volví y me encontré con Larry, que me sonreía.

—Torneo de tenis —dijo.

—¿Qué? —exclamé con sorpresa.

—Billy, tú representas a la cabaña 4 en el torneo de tenis —me informó Larry—. ¿No has visto la lista de participantes? Está en el tablón de anuncios.

—¡Pero yo juego muy mal al tenis! —protesté.

—Contamos contigo —replicó Larry—. Coge una raqueta y preséntate en las pistas.

Pasé toda la tarde jugando al tenis. Gané sin esfuerzo a un chico más pequeño que yo, que no consiguió hacer un solo set. Me dio la impresión de que el pobre no había cogido una raqueta en su vida. Luego perdí un largo y reñido partido que disputé con uno de los chicos rubios que estaban echando un pulso en el comedor.

Cuando terminó el partido, chorreaba de sudor y me dolían todos los músculos. Me dirigí al río para darme un baño y refrescarme.

Después regresé a la cabaña, me puse unos téjanos y una camiseta verde y blanca del campamento, y terminé la carta a mis padres.

Era casi la hora de cenar. Jay y Colin aún no habían vuelto de su marcha. Decidí subir al pabellón y echar mi carta al correo. Mientras subía la colina, vi grupos de chicos que se dirigían apresuradamente a sus cabañas para cambiarse de ropa para la cena, pero no había ni rastro de mis dos compañeros.

Con la carta fuertemente agarrada en la mano, me dirigí a la parte posterior del pabellón, donde se hallaba situada la oficina del campamento. La puerta estaba abierta, así que entré. Por lo general detrás del mostrador había una mujer joven para informar y recoger las cartas destinadas al correo.

—¿Hay alguien? —pregunté, inclinándome sobre el mostrador y atisbando en la pequeña habitación del fondo, que se hallaba a oscuras.

No hubo respuesta.

—¡Eh! ¿Hay alguien? —repetí, agarrando con fuerza el sobre.

No había nadie. La oficina estaba vacía.

Cuando me disponía a marchar, decepcionado, vi la voluminosa saca de arpillera que yacía en el suelo, a la entrada del pequeño cuarto del fondo. ¡La saca del correo! Decidí meter en ella mi carta, junto con las demás destinadas al correo. Di la vuelta al mostrador, me dirigí al cuartito y me agaché para introducir mi sobre en la saca.

Me sorprendió que estuviera abarrotada de cartas. Al abrirla para meter dentro la mía, cayeron varias cartas al suelo. Las estaba metiendo de nuevo, cuando de pronto una de ellas atrajo mi atención. Era mía. Dirigida a mis padres. Una carta que había escrito el día anterior.

—Qué raro —murmuré.

Me incliné sobre la saca, metí en ella la mano y saqué un grueso puñado de cartas. Las examiné rápidamente y encontré una escrita por Colin.

Saqué otro montón y mis ojos se posaron sobre otras

dos cartas que yo había escrito hacía casi una semana, a mi llegada al campamento. Me las quedé mirando fijamente mientras un escalofrío me recorría la espalda. Todas nuestras cartas, todas las cartas que habíamos escrito desde el primer día de campamento estaban allí, en aquella saca. Ninguna de ellas había sido enviada al correo. No podíamos llamar a casa. Y no podíamos escribir a casa. Frenéticamente, con manos temblorosas, empecé a meter de nuevo las cartas en la saca.

¿Qué está pasando aquí?, me pregunté. ¿Qué está pasando?

16

Cuando entré en el comedor, tío Al estaba terminando los avisos de la noche. Me senté en mi sitio, confiando en no haberme perdido nada importante.

Esperaba ver a Colin y Jay al otro lado de la mesa, frente a mí, pero sus lugares en el banco estaban vacíos.

Es extraño, pensé, todavía turbado por mi descubrimiento sobre las cartas. Ya deberían estar de vuelta. Quería contarles lo del correo. Quería hacerles partícipes de mi descubrimiento de que nuestros padres no estaban recibiendo ninguna de las cartas que escribíamos, y que nosotros tampoco estábamos recibiendo las suyas. Comprendí de pronto que el campamento estaba bloqueando el correo.

Colin y Jay… ¿dónde estaban?

El pollo frito estaba grasiento, y las patatas sabían a engrudo. Mientras me esforzaba por tragar la comida, no apartaba la vista de la puerta, esperando ver entrar a mis dos compañeros. Pero no aparecían. Comencé a sentir una opresiva sensación de temor en el estómago. A través del amplio ventanal podía ver que fuera ya estaba todo oscuro. ¿Dónde podían estar? Para una marcha de cinco kilómetros no se necesitaban tantas horas.

Me levanté y me dirigí hacia la mesa de los monitores, en el rincón. Larry estaba discutiendo sobre deportes con otros dos monitores. Gritaban y gesticulaban mucho con las manos. La silla de Frank estaba vacía.

—Larry, ¿ha vuelto Frank? —le interrumpí.

Larry se volvió, con cara de sorpresa.

—¿Frank? —Señaló la silla vacía—. Supongo que no.

—Se fue de marcha con Jay y Colin —dije—. ¿No deberían haber vuelto ya?

Larry se encogió de hombros.

—Ni idea. —Reanudó su discusión, dejándome allí, de pie, mirando la silla vacía de Frank.

Una vez retiradas las bandejas, arrimamos las mesas y los bancos contra la pared y organizamos carreras de relevos en el interior del pabellón. Daba la impresión de que todo el mundo se lo estaba pasando en grande. Los gritos y los aplausos retumbaban en el alto techo.

Yo estaba demasiado preocupado por Jay y Colin para disfrutar con los juegos.

Pensé que quizás aquella noche habían decidido acampar fuera, pero yo los había visto marcharse y sabía que no se habían llevado tiendas de campaña, sacos de dormir ni pertrechos de ningún tipo para pasar la noche. Entonces, ¿dónde estaban?

Los juegos terminaron poco antes de la hora de apagar las luces. Mientras yo me dirigía con los demás a la puerta, Larry apareció a mi lado.

—Salimos mañana por la mañana temprano —dijo—. A primera hora.

—¿Qué? —comprendí a qué se refería.

—La excursión en canoa. Yo soy el monitor que irá con vosotros —explicó al ver mi desconcierto.

—Ah, sí —respondí sin entusiasmo. Estaba tan preocupado por Jay y Colin que casi me había olvidado de la excursión en canoa.

—En cuanto hayáis desayunado —continuó Larry—. Lleva traje de baño, y ropa para cambiarte. Nos reuniremos a la orilla del río. —Se volvió para ayudar a los demás monitores a colocar de nuevo las mesas en su sitio.

—Después del desayuno —murmuré. Pensé si Jay y Colin vendrían también a la excursión en canoa. Se me había olvidado preguntárselo a Larry.

Descendí rápidamente por la oscura colina. Había comenzado ya a caer el rocío, y las altas hierbas estaban resbaladizas y húmedas.

Hacia la mitad de la bajada pude ver la oscura silueta de la Cabaña Prohibida, agazapada como si se dispusiera a atacar. Aparté la vista de ella y recorrí al trote el resto del camino hasta la cabaña 4.

Me sorprendió ver, a través de la ventana, que había alguien moviéndose en el interior.

¡Colin y Jay han vuelto!, pensé.

Empujé ansiosamente la puerta.

—Eh, muchachos, ¿dónde habéis…?

Me quedé sin respiración. Dos desconocidos me estaban mirando. Uno se hallaba sentado en el borde de la litera de Colin, quitándose las zapatillas. El otro estaba inclinado sobre la cómoda, sacando una camiseta de uno de los cajones.

—Hola. ¿Eres de aquí? —El chico que estaba junto a la cómoda se incorporó, observándome. Tenía pelo negro muy corto y un pendiente de oro en una oreja.

Tragué saliva.

—¿Me he equivocado de cabaña? ¿Es ésta la cabaña 4?

Se me quedaron mirando, desconcertados.

Vi que el otro chico, el que estaba en la litera de Colin, también tenía el pelo negro, pero el suyo era largo y desgreñado y le caía sobre la frente.

—Sí. Ésta es la cabaña 4 —dijo.

—Somos nuevos —añadió el de pelo corto—. Yo soy Tommy y éste es Chris. Acabamos de llegar.

—Hola —dije con tono vacilante—. Yo me llamo Billy. —El corazón me golpeaba el pecho como un tamtam—. ¿Dónde están Colin y Jay?

—¿Quiénes? —preguntó Chris—. Nos dijeron que esta cabaña estaba casi vacía.

—Bueno, Colin y Jay… —empecé.

—Acabamos de llegar. No conocemos a nadie —me interrumpió Tommy. Cerró el cajón.

—Pero ése es el cajón de Jay —dije yo, aturdido, señalándolo con el dedo—. ¿Qué habéis hecho con las cosas de Jay?

Tommy me miró sorprendido.

—El cajón estaba vacío —respondió.

—Casi todos los cajones estaban vacíos —añadió Chris, tirando

al suelo sus zapatillas—. Menos los dos de abajo.

—Ésas son mis cosas —dije yo, con la cabeza dándome vueltas —. Pero Colin y Jay…, sus cosas estaban aquí —insistí.

—Estaba todo vacío —continuó Tommy—. Quizás han trasladado a tus amigos a otra cabaña.

—Quizás —admití en voz baja.

Me senté en la litera inferior. Me temblaban las piernas y un millón de pensamientos, a cual más aterrador, cruzaban vertiginosamente por mi cabeza.

—Es extraño —exclamé.

—Esta cabaña no está mal —dijo Chris, extendiendo su manta—. Resulta acogedora.

—¿Cuánto tiempo vas a pasar en el campamento? —me preguntó Tommy mientras se ponía una camiseta blanca que le quedaba demasiado grande—. ¿Todo el verano?

—¡No! —exclamé con un estremecimiento—. ¡No pienso quedarme! —declaré con firmeza—. Quiero decir… quiero decir que me voy a marchar. Me… me marcharé la semana que viene, el Día de los Visitantes.

Chris dirigió a Tommy una mirada de sorpresa.

—¿Cuándo dices que te vas a marchar? —preguntó de nuevo.

—El Día de los Visitantes —repetí—. Cuando vengan mis padres a verme.

—¿Pero no has oído el anuncio de tío Al antes de la cena? —exclamó Tommy, *mirándome fijamente—. ¡Han* cancelado el Día de los *Visitantes!*

17

Aquella noche dormí agitadamente y a trompicones. Incluso con la manta levantada hasta la barbilla, me sentía aterido y asustado.

Se me hacía extraño tener dos desconocidos en la cabaña, dos desconocidos durmiendo donde dormían Jay y Colin.

Estaba preocupado por la desaparición de mis amigos. ¿Qué les habría pasado? ¿Por qué no habían vuelto?

Mientras me revolvía sin cesar en mi litera, oí aullidos a lo lejos, alaridos animales procedentes a buen seguro de la Cabaña Prohibida. Largos y aterradores aullidos transportados por el viento hasta la ventana abierta de nuestra cabaña.

En un momento dado me pareció oír gritos de chicos. Me incorporé al instante, súbitamente alerta, y presté atención.

¿Lo había soñado? Estaba tan asustado y confuso que me resultaba imposible saber si los gritos eran reales o si se trataba de una pesadilla.

Tardé horas en volver a dormirme. Cuando desperté despuntaba una mañana gris y nublada, y se percibía una extraña opresión en el aire frío. Me puse el traje de baño y una camiseta y corrí al pabellón para hablar con Larry. Tenía que averiguar qué les había pasado a Jay y Colin.

Lo busqué por todas partes pero sin éxito. Larry no estaba desayunando. Ningún otro monitor sabía nada. Frank, el monitor que había ido de marcha con mis dos amigos, tampoco estaba allí.

Finalmente encontré a Larry en la orilla del río, preparando una larga canoa metálica para nuestra excursión fluvial.

—Larry, ¿dónde están? —pregunté jadeando.

Levantó la vista hacia mí, sosteniendo una brazada de canaletes. Pareció desconcertado.

—¿Quiénes? ¿Chris y Tommy? Ya vienen.

—¡No! —exclamé, agarrándole del brazo—. ¡Jay y Colin! ¿Dónde están? ¿Qué les ha ocurrido, Larry? ¡Tienes que decírmelo!

Le apreté con fuerza el brazo. Respiraba con dificultad y sentía que la sangre me palpitaba en las sienes.

—¡Tienes que decírmelo! —repetí con voz estridente.

Se desprendió de mi mano y dejó caer los canaletes junto a la canoa.

—No sé nada de ellos —respondió con voz serena.

—¡Pero Larry!

—De verdad, no sé nada —insistió, con la misma voz sosegada. Se suavizó su expresión y me apoyó una mano en el hombro—. Te diré lo que voy a hacer, Billy —exclamó, mirándome fijamente a los ojos—. Cuando volvamos de la excursión le preguntaré a tío Al, ¿de acuerdo? Me enteraré y te lo contaré todo. Cuando volvamos.

Le sostuve la mirada para averiguar si hablaba con sinceridad. Me resultó imposible saberlo. Sus ojos eran tan fríos como dos bolas de acero.

Se inclinó hacia delante y empujó la canoa sobre las poco profundas aguas del río.

—Mira, coge uno de esos salvavidas —dijo, señalando un montón de chalecos azules de goma que había detrás de mí—. Póntelo y sube.

Comprendí que no terna opción, así que hice lo que me decía.

Momentos después se nos acercaron corriendo Chris y Tommy, que siguieron obedientemente las instrucciones de Larry y se sujetaron los chalecos salvavidas.

Al poco rato los cuatro estábamos sentados con las piernas cruzadas en el interior de la larga y esbelta canoa, alejándonos lentamente de la orilla, impulsados por la corriente.

El cielo estaba gris y el sol permanecía oculto tras las nubes, bajas y oscuras. La canoa comenzó a saltar sobre las agitadas aguas del río. La corriente era más fuerte de lo que yo había imaginado. Empezamos a ganar velocidad. Los árboles bajos y los matorrales de

la orilla pasaban rápidamente a nuestro lado.

Larry iba sentado frente a nosotros en la parte delantera de la canoa. Nos mostró cómo debíamos remar mientras el río nos llevaba.

Los tres nos esforzábamos por seguir el ritmo que nos marcaba mientras nos observaba detenidamente, con el ceño fruncido. Luego, cuando finalmente lo logramos, Larry sonrió y se dio la vuelta con cuidado, agarrándose a los costados de la canoa mientras cambiaba de posición.

—Está intentando salir el sol —dijo, con voz ahogada por la fuerte brisa que soplaba sobre las rizadas aguas.

Levanté la vista. El cielo parecía más oscuro que antes.

Larry permaneció de espaldas a nosotros, mirando hacia delante y dejándonos a nosotros tres la tarea de remar. Yo no había tripulado nunca una canoa. Era más difícil de lo que había imaginado, pero cuando conseguí sincronizar mis movimientos con los de Tommy y Chris empecé a cogerle gusto a la cosa.

Las oscuras aguas se estrellaban contra la proa de la embarcación, proyectando salpicaduras de blanca espuma. Aumentó la fuerza de la corriente y al mismo tiempo aumentó nuestra velocidad. El aire era frío pero el esfuerzo de remar me mantenía el cuerpo caliente. Al cabo de un rato me di cuenta de que estaba sudando.

Pasamos por delante de pequeños grupos de troncos grises y amarillentos. El río se dividía súbitamente en dos brazos y accionamos los remos para enfilar el brazo izquierdo. Larry se puso a remar de nuevo, procurando sortear las altas rocas que emergían entre los dos brazos del río.

La canoa subía y bajaba con un fuerte y constante chapoteo, y de vez en cuando las frías aguas desbordaban por los costados.

El cielo se oscureció más aún. Me pregunté si estallaría una tormenta.

A medida que el río se ensanchaba, la corriente fue tornándose más rápida y fuerte. Me di cuenta de que en realidad no necesitábamos remos. La corriente del río se encargaba de impulsarnos.

El río se deslizaba en pendiente cada vez más pronunciada.

Grandes remolinos de espumeantes aguas hacían saltar y bambolearse a la canoa.

—¡Llegamos a los rápidos! —gritó Larry, haciendo bocina con las manos para que pudiéramos oírle—. ¡Agarraos bien! ¡Hay muchísima corriente!

Un estremecimiento de pánico me recorrió el cuerpo al sentir el impacto del agua helada que me cayó encima. La canoa se elevó en el aire y volvió a caer con un fuerte chapoteo.

Oí que Tommy y Chris reían nerviosamente detrás de mí.

Otra ola de agua helada se abalanzó sobre la canoa. Lancé un grito y a punto estuve de soltar el remo.

Tommy y Chris volvieron a reír.

Respiré profundamente y agarré con fuerza el remo, esforzándome por mantener el ritmo.

—¡Eh, mirad! —exclamó de pronto Larry.

Se puso en pie, increíblemente, y se inclinó hacia delante, señalando con el dedo las aguas hirvientes y arremolinadas.

—¡Mirad ese pez! —gritó.

Mientras se inclinaba, un súbito golpe de la corriente hizo estremecerse a la canoa. La embarcación giró a la derecha.

Vi la sobrecogedora expresión del rostro de Larry al perder el equilibrio. Extendió los brazos hacia delante y cayó de cabeza en las agitadas aguas.

—¡Nooooo! —grité.

Miré hacia Tommy y Chris, que habían dejado de remar y contemplaban, boquiabiertos y aterrorizados, las aguas oscuras y arremolinadas.

—¡Larry! ¡Larry! —Yo gritaba una y otra vez su nombre, sin darme cuenta de ello.

La canoa continuó deslizándose rápidamente sobre las turbulentas aguas.

Larry no aparecía.

—¡Larry!

Tommy y Chris le llamaban también con voces agudas y asustadas.

¿Dónde estaba? ¿Por qué no salía a la superficie?

La canoa continuaba derivando río abajo.

—¡Laaaarry!

—¡Tenemos que detenernos! —grité—. ¡Tenemos que reducir la velocidad!

—¡No podemos! —respondió Chris—. ¡No sabemos cómo hacerlo!

Seguía sin verse ni rastro de Larry. Comprendí que debía de hallarse en un apuro.

Sin pensármelo dos veces tiré el remo, me puse en pie y me zambullí en las oscuras y agitadas aguas para salvarle.

18

Al hundirme tragué gran cantidad de agua. Después, mientras pugnaba por ascender a la superficie, escupiendo y atragantándome, el corazón se puso a golpearme violentamente el pecho.

Tras hacer una profunda inspiración, bajé la cabeza y traté de nadar contra corriente. Las zapatillas parecían pesarme una tonelada. Caí en la cuenta entonces de que hubiera debido quitármelas antes de saltar.

El agua se elevaba y arremolinaba. Yo daba largas y desesperadas brazadas, impulsándome hacia el lugar en que había caído Larry. Al volver la vista atrás vi la canoa convertida en una manchita oscura, que se iba haciendo cada vez más pequeña.

«¡Esperad! —quería gritarles a Tommy y a Chris—. ¡Esperad a que encuentre a Larry!», pero sabía que ellos desconocían la forma de detener la canoa. La corriente los arrastraba, sin que ellos pudieran hacer nada por evitarlo.

¿Dónde estaba Larry?

Tomé otra bocanada de aire y me quedé petrificado al sentir un intenso calambre en la pierna derecha. El dolor me subió por todo el costado derecho. Me deslicé bajo el agua y esperé a que disminuyera el dolor. El calambre se fue intensificando hasta que casi no pude mover la pierna. El agua se arremolinaba sobre mí. Forcejeé para ascender a la superficie.

Mientras inhalaba más aire, braceé rápida y vigorosamente, manteniéndome a flote, ajeno al agudo dolor que me recorría la

pierna.

¡Eh! ¿Qué era aquel objeto que flotaba justo delante de mí? ¿Un tronco arrastrado por la corriente?

El agua me golpeaba violentamente la cara, cegándome y dificultándome el avance. Levanté la cabeza sobre la superficie, tosiendo y escupiendo. El agua volvió a cubrirme la cara. Hice un esfuerzo por ver.

¡Larry! Se acercaba flotando hacia mí.

—¡Larry! ¡Larry! —logré gritar.

Pero no me respondió. Ahora podía ver claramente que estaba flotando boca abajo.

El calambre de la pierna se desvaneció milagrosamente en el momento en que alargaba las manos y agarraba a Larry por los hombros. Le saqué la cabeza del agua, hice girar su cuerpo de modo que quedara boca arriba y le pasé el brazo bajo el cuello. Estaba utilizando la técnica de salvamento que me habían enseñado mis padres.

Volví la vista en busca de la canoa, pero la corriente se la había llevado río abajo.

Volví a ingerir otro trago de agua helada. Sin soltar a

Larry, agité con fuerza las piernas. Aún sentía débil y tensa la derecha, pero al menos me había desaparecido el dolor. Impulsándome con los pies y con la mano libre, conduje a Larry hasta la orilla.

Sentí un gran alivio al comprobar que la corriente me ayudaba pues fluía en la misma dirección.

Pocos segundos después estaba lo bastante cerca de la orilla como para tocar fondo. Muerto de fatiga, jadeando como un animal salvaje, me puse en pie tambaleándome y arrastré a Larry hasta el fango de la ribera.

¿Estaba muerto? ¿Se había ahogado antes de que yo lo cogiese?

Lo tendí de espaldas y, todavía jadeando violentamente, pugnando por recobrar el aliento, por detener el temblor que sacudía todo mi cuerpo, me incliné sobre él. Abrió los ojos y me miró inexpresivamente, como si no me reconociera. Finalmente murmuró mi nombre.

—Billy —dijo con voz sofocada—, ¿estamos bien?

Larry y yo descansamos un rato. Después emprendimos a pie el regreso al campamento, remontando el curso del río. Estábamos empapados y llenos de barro, pero no me importaba. Estábamos vivos. Estábamos bien. Yo le había salvado la vida a Larry.

Apenas hablamos durante el regreso. Necesitábamos hasta la última gota de nuestras fuerzas para recorrer el camino de vuelta.

Pregunté a Larry si creía que Tommy y Chris estarían bien.

—Eso espero —murmuró, jadeando—. Lo más probable es que encallen en la orilla y que regresen andando, como nosotros.

Aproveché la oportunidad para preguntarle de nuevo por Jay y Colin. Pensé que quizá me dijera la verdad ahora que estábamos completamente solos y que yo le había salvado la vida, pero él insistió en que no sabía nada de mis dos compañeros de cabaña. Mientras caminábamos, levantó una mano y juró que no sabía absolutamente nada.

—Han sucedido muchas cosas terribles —murmuré.

Asintió con la cabeza, sin dejar de mirar al frente.

—Ha sido extraño —reconoció.

Esperé que dijera algo más, pero continuó caminando en silencio.

Tardamos tres horas en hacer todo el camino de regreso. No habíamos llegado tan lejos río abajo como habíamos pensado, pero la fangosa orilla describía vueltas y más vueltas, haciendo más largo nuestro viaje.

Al divisar el campamento me flaquearon las rodillas y estuve a punto de desplomarme.

Jadeantes, empapados de sudor, con las ropas todavía mojadas y cubiertas de barro, llegamos caminando pesadamente a la parte de la orilla que quedaba delante del campamento.

—¡Eh! —llamó una voz desde la zona del baño. Tío Al, vestido con un ancho chándal verde, se nos acercó corriendo—. ¿Qué ha pasado? —preguntó a Larry.

—¡Hemos tenido un accidente! —exclamé yo antes de que Larry tuviese oportunidad de responder.

—Me caí al agua —confesó Larry, poniéndose rojo bajo las salpicaduras de barro que le cubrían la cara—. Billy saltó de la canoa y me salvó. Hemos vuelto andando.

—Pero Tommy y Chris no pudieron detener la canoa. ¡Se los llevó la corriente! —grité.

—Casi nos ahogamos los dos —dijo Larry al director del campamento, que le miraba con el ceño fruncido—. Pero Billy… me salvó la vida.

—¿Puede enviar a alguien en busca de Tommy y Chris? —pregunté, empezando de pronto a temblar convulsivamente de pies a cabeza, supongo que por puro agotamiento.

—¿Los dos chicos que quedaron a la deriva en el río? —preguntó tío Al, mirando fijamente a Larry y rascándose la nuca por entre la franja de pelo amarillento.

Larry asintió con la cabeza.

—¡Tenemos que encontrarlos! —insistí, temblando más aún.

Tío Al continuó con los ojos fijos en Larry.

—¿Y qué hay de mi canoa? —preguntó con tono furioso—. ¡Era nuestra mejor canoa! ¿Cómo voy a reemplazarla?

Larry se encogió de hombros, con aire consternado.

—¡Mañana tendremos que buscar la canoa! —exclamó tío Al.

Los dos chicos le tienen sin cuidado, pensé. Le importan un pimiento.

—Id a cambiaros de ropa —nos ordenó tío Al a Larry y a mí. Dio media vuelta y echó a andar a grandes zancadas hacia el pabellón, meneando la cabeza sin cesar.

Me dirigí hacia la cabaña, muerto de frío y temblando todavía de pies a cabeza. Sentí que me invadía una oleada de ira.

Acababa de salvarle la vida a Larry, pero a tío Al eso no le importaba, ni le importaba tampoco que los dos campistas hubieran desaparecido en el río. No le importaba que dos campistas y un monitor no hubieran regresado de su marcha. No le importaba que los chicos fuesen atacados por extrañas criaturas. No le importaba que los chicos desapareciesen y no se volviera a hablar de ellos. No le importaba lo más mínimo ninguno de nosotros. Sólo le importaba su canoa.

Mi ira se convirtió rápidamente en miedo. Naturalmente, en ese momento aún no podía saber que la parte más espantosa de mi verano aún estaba por llegar.

19

Aquella noche estaba completamente solo en la cabaña. Eché otra manta en la cama y me acurruqué bajo las sábanas, hecho un ovillo. Me pregunté si lograría conciliar el sueño o si mis aterrorizados y furiosos pensamientos me mantendrían despierto y dando vueltas una noche más, pero estaba tan fatigado que ni siquiera los aterradores y lúgubres aullidos de la Cabaña Prohibida me impidieron dormir.

Caí en un sueño profundo y no desperté hasta que sentí que alguien me sacudía por los hombros. Me incorporé, súbitamente alerta.

—¡Larry! —exclamé, con voz todavía velada por el sueño—. ¿Qué ocurre?

Paseé la vista por la habitación, con los ojos entornados. La cama de Larry estaba deshecha, con las sábanas arrugadas y la manta a los pies, hecha una bola. Evidentemente, había llegado más tarde y había dormido en la cabaña. En cambio las camas de Tommy y Chris no habían sido tocadas desde el día anterior.

—Marcha especial —dijo Larry, volviendo hacia su litera—. Vístete, aprisa.

—¿Qué? —Me estiré, bostezando. Al otro lado de la ventana estaba todavía oscuro. Aún no había salido el sol—. ¿Qué clase de marcha?

—Tío Al ha dicho que es una marcha especial —respondió Larry, de espaldas a mí. Agarró la sábana y empezó a hacer su cama.

Con un gemido me dejé caer en el suelo, que estaba frío bajo mis

pies descalzos.

—¿No vamos a descansar? Después de lo que pasó ayer… —Volví a mirar las camas sin deshacer de Tommy y Chris.

—No somos sólo nosotros —respondió Larry, alisando las sábanas—. Es todo el campamento. Va todo el mundo, y tío Al encabezará la marcha.

Me puse unos téjanos mientras me sentía invadido de una súbita sensación de temor.

—No estaba programada ninguna marcha —dije con tono sombrío—. ¿Adónde nos va a llevar tío Al?

Larry no respondió.

—¿Adonde? —repetí con voz aguda.

Hizo como si no me oyera.

—Tommy y Chris… ¿no volvieron? —pregunté con expresión grave mientras me ponía las zapatillas. Por fortuna había traído dos pares. Las del día anterior estaban en un rincón, todavía empapadas y cubiertas de barro.

—Ya aparecerán —me respondió finalmente Larry. Pero no se le veía nada convencido.

Terminé de vestirme y corrí luego colina arriba para desayunar. Era una mañana cálida y gris. Posiblemente había llovido durante la noche porque la hierba brillaba de humedad.

Los campistas subían en silencio por la colina, bostezando y guiñando los ojos para protegerse de la grisácea luz. Observé que la mayoría de ellos tenían la misma expresión desconcertada que yo. ¿Por qué teníamos que ir a aquella marcha no programada y a aquellas horas de la madrugada? ¿Cuánto tiempo iba a durar? ¿Adónde íbamos? Esperaba que tío Al o alguno de los monitores nos explicara todo eso durante el desayuno, pero ninguno de ellos apareció en el comedor.

Comimos en silencio, sin el bullicio habitual. Yo me puse a pensar en la terrible excursión en canoa del día anterior. Casi me parecía sentir de nuevo el sabor de las oscuras aguas. Veía a Larry flotando hacia mí, boca abajo, como un montón de algas en las aguas arremolinadas. Y me veía a mí mismo tratando de agarrarlo, luchando por nadar, luchando por vencer la fuerza de la corriente, por mantenerme a flote en los espumosos remolinos de agua.

De pronto Dawn y Dori irrumpieron en mis pensamientos. Me pregunté si estarían bien y si intentarían reunirse de nuevo conmigo a la orilla del río.

Para desayunar teníamos tostadas con mantequilla y almíbar, que me encanta, pero aquella mañana apenas probé bocado.

—¡Formad fuera! —gritó un monitor desde la puerta.

Se oyó un arrastre de sillas. Nos pusimos todos en pie obedientemente y comenzamos a dirigirnos al exterior.

¿Adónde nos llevaban? ¿Por qué no nos daba alguien alguna explicación?

El cielo había adquirido una tonalidad rosada, aunque el sol aún no se había elevado sobre el horizonte.

Nos colocamos en fila a lo largo de la pared lateral del pabellón. Yo estaba cerca del final de la hilera, hacia el pie de la colina. Algunos chicos bromeaban y se empujaban unos a otros jugando, pero la mayoría permanecían en silencio, apoyados contra la pared, esperando a ver qué pasaba. Una vez formada la fila, uno de los monitores fue señalándonos con el dedo y moviendo los labios mientras nos iba contando. Nos contó dos veces para cerciorarse de que no se había equivocado.

Después apareció tío Al, que se situó a la cabeza de la fila. Vestía un equipo de camuflaje marrón y verde, como los que llevan los soldados en las películas. Se había puesto gafas negras, aunque todavía no había salido el sol. No pronunció una sola palabra. Hizo una seña a Larry y a otro monitor, que llevaban sobre los hombros unos grandes sacos marrones. Después tío Al comenzó a descender la colina con pasos rápidos, con los ojos ocultos tras las oscuras gafas y el ceño fruncido.

Se detuvo ante el último campista.

—¡Por aquí! —anunció con voz potente, señalando hacia la orilla del río.

Ésas fueron sus únicas palabras. «¡Por aquí!» Empezamos a seguirle, caminando a paso vivo. Nuestras zapatillas resbalaban en la hierba húmeda. Algunos chicos se reían de algo detrás de mí.

Me sorprendí al darme cuenta de que me encontraba casi al principio de la fila. Estaba lo bastante cerca como para poder hablarle a tío Al. Y lo hice.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Apretó el paso, sin responder.

—Tío Al, ¿va a ser una marcha larga? —pregunté.

Hizo como si no me hubiera oído.

Decidí desistir.

Nos condujo hacia la orilla del río, y después torció a la derecha. A poca distancia, donde se estrechaba el río, se alzaba un tupido bosque.

Al mirar hacia atrás, hacia el final de la fila, vi a Larry y al otro monitor que, cargados con los sacos, avanzaban apresuradamente tratando de alcanzar a tío Al.

¿A qué viene todo esto?, pensé.

Y mientras miraba los árboles bajos y enmarañados que teníamos delante, una idea se abrió paso en mi mente. Puedo escapar. La idea, muy intimidante y a la vez muy real, había tardado tiempo en tomar forma. Puedo escapar entre esos árboles. Puedo huir de tío Al y de este espantoso campamento.

La idea resultaba tan excitante que casi perdí el equilibrio. Choqué con el chico que iba delante, un chaval fortachón llamado Tyler, que se volvió y me fulminó con la mirada.

Atención, me dije, sintiendo que el corazón me martilleaba el pecho. Piénsalo. Piénsalo bien.

Mantenía los ojos fijos en el bosque. Al acércanos más pude ver los gruesos árboles, tan próximos unos a otros que sus ramas se entrelazaban y parecían extenderse indefinidamente.

Ahí no me encontrarán jamás, me dije. Será más fácil esconderme en ese bosque. Pero, luego ¿qué? No podía permanecer indefinidamente en el bosque.

Mientras miraba fijamente a los árboles, hice un esfuerzo por concentrarme, por pensar con claridad. Podía seguir el curso del río. Sí. Mantenerme en la orilla. Seguir el río. Forzosamente tendría que llegar a alguna población. Iría andando hasta la primera ciudad, y desde allí llamaría a mis padres.

Puedo hacerlo, pensé, tan excitado que apenas si podía mantenerme en la fila. Lo único que tengo que hacer es decidirme. Echar a correr cuando no mire nadie. Meterme en el bosque, internarme profundamente en el bosque.

Estábamos ya junto a los árboles. El sol había salido e iluminaba brillantemente el cielo sonrosado.

Nosotros permanecíamos a la sombra de los árboles.

Puedo hacerlo, me dije. Pronto.

El corazón me palpitaba con fuerza. Estaba sudando, aunque el aire era todavía frío.

Tranquilo, Billy, me previne. Ten calma. Espera tu oportunidad. Espera a que se presente el momento oportuno, y entonces aléjate del campamento para siempre.

Desde la sombra observé los árboles.

Divisé un estrecho sendero que se internaba en el bosque, pocos metros más adelante. Traté de calcular cuánto tiempo tardaría en llegar hasta el sendero. Probablemente diez segundos como mucho. Y luego, en otros cinco segundos, me encontraría protegido ya por los árboles.

Puedo hacerlo, pensé. Puedo escapar en menos de diez segundos.

Inhalé una profunda bocanada de aire. Me concentré y tensé los músculos de las piernas, preparándome para echar a correr. Y entonces miré hacia la cabeza de la fila.

Me quedé horrorizado al ver que tío Al me estaba mirando fijamente, con un rifle entre las manos.

20

Lancé un grito al ver el rifle.

¿Había leído mis pensamientos? ¿Sabía que me disponía a huir?

Un escalofrío me recorrió la espalda mientras contemplaba el rifle, boquiabierto. Al levantar los ojos hacía tío Al, me di cuenta de que no me estaba mirando a mí.

En realidad estaba pendiente de los dos monitores, que habían depositado sus sacos en el suelo y estaban inclinados sobre ellos, tratando de abrirlos.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Tyler, el chico que iba delante de mí.

—¿Ha terminado la marcha? —bromeó otro. Algunos se echaron a reír.

—Supongo que ya nos podemos volver —dijo otro chico.

Yo contemplé con incredulidad cómo Larry y el otro monitor empezaban a sacar rifles de los dos sacos.

—Alineaos y cojed uno —nos ordenó Al, golpeando la culata de su rifle contra el suelo—. Un rifle cada uno. ¡Vamos, daos prisa!

Nadie se movió. Creo que todo el mundo pensó que tío Al estaba bromeando.

—¿Qué pasa? ¡He dicho que os deis prisa! —exclamó furioso. Cogió un montón de rifles y empezó a recorrer la fila, poniendo uno en las manos de cada chico.

A mí me echó tan violentamente el rifle contra el pecho que retrocedí unos pasos, tambaleándome. Lo agarré por el cañón antes de que cayera al suelo.

—¿Qué es lo que ocurre? —me preguntó Tyler.

Me encogí de hombros, observando horrorizado el rifle. Nunca había tenido un arma de verdad en las manos. Mis padres eran contrarios a toda clase de armas de fuego.

Pocos minutos después estábamos todos formados a la sombra de los árboles, sosteniendo un rifle cada uno. Tío Al se situó hacia la mitad de la fila y nos hizo señales de que nos acercásemos y nos colocáramos en círculo a su alrededor para que pudiéramos oírle.

—¿Qué pasa? ¿Vamos a hacer prácticas de tiro? —preguntó un chico.

Larry y el otro monitor soltaron una risita al oír aquellas palabras. Tío Al permaneció con semblante serio y expresión grave.

—Basta de bromas —ordenó—. Éste es un asunto serio.

El círculo de campistas se estrechó a su alrededor. Quedamos en silencio. Un ave graznó ruidosamente en un árbol cercano. Aquello me recordó mi plan de huida.

¿Iba a arrepentirme realmente de no haberme fugado?

—Anoche se escaparon dos chicas del campamento femenino —anunció tío Al con tono seco e inexpresivo—. Una rubia y una pelirroja.

¡Dawn y Dori!, exclamé para mis adentros. ¡Seguro que son ellas!

—Creo —continuó tío Al— que son las mismas que hace unos días se acercaron al campamento de los chicos y se escondieron cerca de la orilla del río.

¡Sí!, pensé lleno de alegría. ¡Son Dawn y Dori! ¡Han escapado!

De pronto me di cuenta de que estaba sonriendo abiertamente, pero enseguida me apresuré a ponerme serio antes de que tío Al pudiera ver mi reacción de alegría ante la noticia.

—Muchachos, las dos chicas están en este bosque. Se encuentran cerca —continuó tío Al. Levantó su rifle—. Vuestras armas están cargadas. Apuntad cuidadosamente cuando las veáis. ¡No se nos escaparán!

21

—¿Cómo? —exclamé con incredulidad—. ¿Quiere decir que tenemos que disparar contra ellas?

Paseé la vista por el círculo de campistas. Todos parecían tan aturdidos y desconcertados como yo.

—Sí. Tenéis que disparar contra ellas —respondió fríamente tío Al—. Ya os he dicho que están intentando huir.

—¡Pero no podemos hacerlo! —grité.

—Es muy fácil —replicó tío AL Se llevó al rifle al hombro y simuló dispararlo—. ¿Ves? No tiene nada de particular.

—¡No podemos matar a unas personas! —insistí.

—¿Matar? —Su expresión cambió tras las gafas oscuras—. Yo no he hablado de matar. Estos rifles están cargados con dardos adormecedores. Sólo queremos detener a esas chicas, no causarles ningún daño.

Tío Al avanzó dos pasos hacia mí, con el rifle todavía entre sus manos. Me miró amenazadoramente, bajando el rostro hasta casi tocar el mío.

—¿Algún problema, Billy? —preguntó.

Me estaba desafiando. Vi que los otros chicos retrocedían.

Reinaba un profundo silencio en el bosque. Hasta el ave había dejado de graznar.

—¿Algún problema? —repitió tío Al, con su cara tan cerca de la mía que percibía el acre olor de su aliento.

Retrocedí unos pasos, aterrado. ¿Por qué me hacía aquello? ¿Por qué me desafiaba de aquella manera? Hice una profunda

inspiración y retuve el aire en los pulmones. Luego, grité con todas mis fuerzas:

—¡No lo haré!

Sin ser plenamente consciente de mis actos, levanté el rifle hasta la altura del hombro y apunté el cañón contra el pecho de tío Al.

—Te arrepentirás de esto —gruño tío Al en voz baja. Se quitó las gafas de sol con brusco ademán y las arrojó a la espesura. Luego entornó los ojos y me miró furioso—. Baja el rifle, Billy, o haré que te arrepientas.

—No —repliqué, manteniéndome firme—. No va a hacer nada. Se ha terminado el campamento.

Las piernas me temblaban de tal manera que apenas si podía sostenerme en pie, pero no pensaba perseguir a Dawn y Dori, no pensaba hacer ninguna otra cosa que ordenase tío Al. Nunca.

—Dame el rifle, Billy —dijo con voz grave y amenazadora. Alargó la mano hacia mi arma—. Dámelo, muchacho.

—¡No! —grité.

Parpadeó una vez. Dos veces. Luego saltó sobre mí. Retrocedí un paso, sin dejar de apuntar a tío Al, y apreté el gatillo.

22

El rifle emitió un suave chasquido.

Tío Al echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír, dejando caer el rifle a sus pies.

—¡Eh…! —exclamé, desconcertado. Continuaba apuntándole al pecho con el rifle.

—Felicidades, Billy —dijo tío Al, dirigiéndome una cálida sonrisa—. Has pasado. —Se adelantó y extendió la mano para estrechar la mía.

Los demás campistas soltaron sus rifles. Vi que todos sonreían también. Larry levantó el puño derecho con el pulgar hacia arriba, también con una sonrisa en los labios.

—¿Qué ocurre? —pregunté con recelo, al tiempo que bajaba lentamente el rifle.

Tío Al me cogió la mano y la estrechó con fuerza.

—Felicidades, Billy. Sabía que pasarías.

—¿Qué? ¡No entiendo nada! —grité, lleno de frustración.

Pero en lugar de darme alguna explicación, tío Al se volvió hacia los árboles y gritó:

—¡Atención todos! ¡Se terminó! ¡Ha pasado! ¡Salid a felicitarle!

Mientras yo contemplaba boquiabierto e incrédulo la escena, empezó a salir gente de detrás de los árboles. Primero aparecieron Dawn y Dori.

—¡Estabais escondidas en el bosque! —exclamé.

Soltaron una carcajada como respuesta.

—¡Felicidades! —dijo Dori.

luego salieron otros, sonriendo y felicitándome. Lancé un grito al reconocer a Mike. ¡Se encontraba perfectamente! ¡Y junto a él venían Jay y Roger! También Colin salió del bosque, seguido por Tommy y Chris. Todos sonrientes, contentos y la mar de bien.

—¿Qué… qué está pasando aquí? —tartamudeé. Me sentía totalmente estupefacto y aturdido.

No lo entendía. No entendía nada. Luego salieron mi madre y mi padre de entre los árboles. Mamá se me acercó corriendo y me abrazó. Papá me dio unas palmaditas en la cabeza.

—Sabía que pasarías, Billy —dijo. Vi lágrimas de felicidad en sus ojos.

Finalmente no pude aguantar más y aparté suavemente a mamá.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Qué es todo esto? ¿Qué está sucediendo?

Tío Al me pasó el brazo por el hombro y me alejó del grupo de campistas. Mamá y papá nos siguieron.

—En realidad esto no es un campamento de verano —explicó tío Al, con una sonrisa todavía en su rostro sonrosado—. Es un laboratorio de pruebas de aptitud del Gobierno.

—¿Qué? —Tragué saliva.

—Como bien sabes, tus padres son científicos —continuó tío Al —. Bien, pues están a punto de emprender una expedición muy importante, y esta vez querían llevarte consigo.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —pregunté a mis padres.

—¡No podíamos! —exclamó mamá.

—De acuerdo con las normas del Gobierno, Billy —continuó tío Al—, a los niños no se les permite participar en expediciones oficiales a no ser que pasen con éxito determinadas pruebas. Eso es lo que has estado haciendo aquí. Has estado realizando pruebas.

—¿Pruebas sobre qué? —pregunté, desconcertado todavía.

—Verás, queríamos saber si eras capaz de obedecer órdenes —explicó tío Al—. Pasaste esa prueba cuando rehusaste ir a la Cabaña Prohibida. —Levantó dos dedos—. Segundo, teníamos que poner a prueba tu valor. Lo demostraste salvando a Larry. —Levantó un tercer dedo—. Tercero, teníamos que ver si sabías cuándo no debías cumplir una orden. Pasaste esa prueba cuando te negaste a perseguir a Dawn y Dori.

—¿Y todo el mundo participaba en el plan? —pregunté—. ¿Todos los campistas, los monitores, todo el mundo? ¿Todos eran actores?

Tío Al asintió.

—Todos trabajan aquí, en el laboratorio de pruebas. —Su expresión se tornó seria—. ¿Sabes una cosa, Billy? Tus padres quieren llevarte a un lugar muy peligroso, quizás el lugar más peligroso de todo el universo conocido. Así que necesitábamos cerciorarnos de que serás capaz de desenvolverte en él.

¿El lugar más peligroso del universo?

—¿Adonde? —pregunté a mis padres—. ¿Adónde me vais a llevar?

—A un planeta muy extraño llamado Tierra —respondió papá, mirando a mamá—. Está muy lejos de aquí. Pero podría resultar emocionante. Sus habitantes son extraños e impredecibles, y nadie los ha estudiado jamás.

Me coloqué entre mis padres, riendo y los rodeé con los brazos.

—¡La Tierra! Suena la mar de exótico. ¡Pero nunca será tan peligroso y excitante como el Campamento Pesadilla! —exclamé.

—Veremos —replicó mamá tranquilamente—. Veremos…



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.